



FORMOSA (China).—Minas de petróleo de J. Dodd, cerca de Tang-si-kak. (Pág. 391).

## LAS PRUEBAS DE LA VIDA DE LOS MISIONEROS.

(Extracto de una carta-pastoral del Ilmo. Epivent, obispo de Aire).

Para felicitaros en Cristo Jesús y exhortaros á trabajar en la fe del Evangelio (1), cada año venimos á mostraros algun rincón del vasto lienzo en que la *Propagación* ha pintado sus hazañas; asunto inagotable y que, desde que la *Obra* existe, inspira á los Papas, obispos y sacerdotes unos conceptos que siempre parecen nuevos.

Hace dos años, era á la *Propaganda* misma á quien íbamos á preguntar lo que se está haciendo en Roma para las Misiones. Entonces os transmitimos el eco débil de lo que allí se dice en su favor, y sobre todo lo que de ellas han dicho cinco Papas sucesivamente para recomendarlas al orbe entero. Esas voces de los Soberanos Pontífices son la voz de la Iglesia, que no cesa de decir á su esposo Jesucristo lo que Raquel decía al suyo: *Dame hijos, ó sino moriré* (2). Quisiéramos hoy mostraros el misionero tal como Dios lo ha hecho en los designios de su misericordia, tal como vive, cada día, en los *trabajos y fatigas, en muchas vigiliás, en hambre y sed, en ayunos, en frío y en desnudez* (3). Estos nuevos apóstoles os dirán como los primeros, *que cuanto son, lo son por la gracia de Dios*, y que esos milagros de caridad, de conversión y perseverancia en las pruebas, todo eso se debe á Dios que les *ha juzgado dignos de tal vocación*, y después de Dios, á vosotros que les ayudáis con vuestras oraciones y limosnas á *trabajar en la perfección de los santos, en la obra de su ministerio, para edificar el cuerpo de Jesucristo* (4). La predicación del Evangelio, nos dice san Pablo, presupone una misión divina. Esa misión es concedida

á aquellos que Jesucristo ha elegido entre todos los hombres para revestirlos de su sacerdocio eterno. No obstante, entre ese número ya tan corto de sacerdotes es donde la Iglesia va á tomar sus misioneros. Como la esposa de los Cánticos, *los elige entre los elegidos*, quiere aún que ellos le traigan la blancura de la inocencia, lo colorado de su sangre. *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus millibus* (1). La vocación al apostolado es la más alta dignidad que pueda alcanzar un sacerdote, y esa vocación se obtiene con la oración. «—He solicitado esta gracia en el altar, nos dijo un misionero; ella descendió sobre mí mientras yo tenía á Jesucristo elevado entre el cielo y la tierra, y desde entonces ya no tuve más que á Dios por padre, á todos los hombres por hermanos y al mundo por morada.» Debemos confesarlo, sin embargo; hay á veces algunas seducciones exteriores. En todas nuestras diócesis se han visto obispos misioneros llamar á la puerta de nuestros seminarios, y hé aquí las seductoras promesas que hacen á nuestros jóvenes para que les sigan: «No siempre hallaréis de comer ó beber; viajaréis continuamente por regiones desconocidas, donde las distancias son incommensurables; atravesaréis llanuras y bosques sin límites; pasaréis las noches sobre el húmedo suelo, y los días bajo un sol abrasador. Hallaréis peligros de toda clase y necesitaréis una grande energía para perseverar.» Sin embargo, la invitación es escuchada y aceptada, porque el obispo añade á su exhortación que toda la confianza del misionero debe estar en Dios, y que su porvenir está gobernado por una Providencia toda particular, y que todo le sucederá según la esperanza que haya puesto en ella: *Quemadmodum speravimus in te*. A las voces de la gracia y del apóstol se une la voz de Jesucristo, quien, por su Vice-Gerente, de quien procede toda misión apostólica, dice al joven Levita: *Levántate y recorre la tierra á lo largo de ella y á su ancho, porque á ti la tengo de dar* (2).

(1) Philip. 1, 26, 27.

(2) Gen. xxx, 1.

(3) II Cor. xi, 27.

(4) Eph. iv, 12.

(1) Cant. v, 10.

(2) Gen. xiii, 17.



Ese don de Dios no es ciertamente estéril, porque la vocación confiere á su tiempo cuanto ella implica y supone: la muerte para sí y para el mundo, una caridad grande como la tierra, *el gozo de las pruebas y la paciencia que contiene obra perfecta* (1). El elegido del cielo y de la Iglesia parte, pues, *mirando la recompensa* (2) y dirigiendo sus preces á la Estrella del mar. A menudo es un joven obispo cuya frente brilla todavía con la unción que hacen los Pontífices, y que ha recibido tal vez en Roma, de manos del Pontífice supremo. Lleva consigo una pléyade de *esas estrellas que brillarán por toda la eternidad por haber enseñado á muchos la justicia* (3), un coro de *virgenes que siguen al Cordero* á donde quiera que vaya (4). Cuando san Felipe Neri les veía salir por una de las puertas de Roma, exclamaba pensando en la envidiable muerte que iban tal vez á sufrir: *Salud, flores de martirio*. Todos los pasajeros se hallan ya á bordo, y el buque despliega sus blancas velas ó bien agita sus alas de fuego. La mar es grande, dice el Profeta, y no obstante el misionero irá hasta las más remotas playas que aquella ciñe con sus anchas manos. *Mare magnum et spatiosum manibus* (5). Irá en busca de almas perdidas en tierras inexploradas, hasta las islas ocultas en las profundidades del Océano.

¡Qué hermoso es ver á ese joven obispo arribando á una playa desconocida, sin saber dónde reclinar la cabeza, sin tener nada para ofrecer á su pueblo más que una cruz! Pero ¿qué importa? dice él. La miseria es mi esposa, y yo viviré con ella hasta la muerte. Dios me prohíbe preocuparme por lo que yo pueda hallar para comer, beber ó vestirme, porque bien sabe Él que necesito todas estas cosas. Ese negocio, pues, le incumbe á Él enteramente; el mío es *buscar el reino de Dios*. Y sin embargo, ¡á qué pobreza tan grande se hallan reducidos los misioneros! Háse visto obispos vender sus pañuelos y su ropa blanca para procurarse un puñado de arroz. Se ven privados de las cosas más necesarias á la vida, y ellos son quienes nos enseñan con un acento de jovialidad que parece ser un desdénoso reto echado á la miseria. «—Habitó en una de las más hermosas casas del pueblo, y habrá costado tal vez 25 pesetas; pero no os riais de ello, pues las hay de 75 céntimos. La puerta de mi cuarto es de papel. La lluvia cae á través de mi techo, casi tan copiosa como por fuera. Dos ollas bastan apenas para recoger el agua que penetra en lo interior. Eliseo, en casa la Sunamita, tenía cuatro muebles: una cama, una mesa, una silla y un candelero. Pues bien; yo no tengo cama, mesa ni silla alguna. Tengo, sin embargo, cuatro objetos como el Profeta: un candelero, el de mi capilla; un baul, el que me ha prestado monseñor Berneux. Lo que es bien mío son unos zapatos que solamente tomo para decir Misa, y una pipa que dos desagradables experimentos me han hecho detestar, pero que sirve para darme cierto aire de gravedad cuando se viaja por un país en que todo el mundo fuma.» «—Nuestros sacerdotes se consideran demasiado dichosos, nos dice un obispo, cuando pueden disponer de algun tiempo para remendar sus vestidos y lavarse su ropa

blanca. Yo lloro al encontrarles, en mis visitas, sin sombrero ni zapatos, y apenas cubiertos con algunos miserables vestidos hechos girones.»

En todos tiempos Jesucristo ha hecho caminar á sus discípulos por escabrosos senderos. El misionero es su apóstol predilecto, y en todas partes le proporciona la santa rudeza de la cruz. «—Os escribo en una cabaña, en el fondo de un bosque, á veinte y cinco leguas de mi residencia, donde he venido á administrar los Sacramentos á un enfermo (1). Después de doce horas de marcha, he llamado á la puerta de la primera choza que he encontrado para pedir hospitalidad. He dormido sobre la paja, y cuando el canto del gallo me ha despertado, he comprendido que el Trapense puede muy bien dormir sobre el lecho de su pobreza. No desdeñaré más la paja, llegando á echarla de menos en la noche siguiente; porque no se me dió para reposar más que unas tablas cubiertas no sé de qué, que no las ablandaba nada.» Un obispo de América, que reside más allá de la región de los lagos, nos participa que él no es siempre tan afortunado todavía. «—Mi paletó me sirve de colchon; mis mitones ó guantes y mi gorra, de almohada; dos cobertores deben impedir que el frío venga á perturbar mi sueño, y algunas veces una ligera capa de nieve viene durante la noche á secundar maravillosamente su acción protectora.» Bajo este cielo inclemente, donde un frío de 40° hiela las lágrimas sobre las mejillas, el misionero puede encontrar abundante cosecha de méritos. «—He ofrecido mi noche glacial á las almas del purgatorio, y muchas de ellas han debido experimentar algun alivio.» Y ¡de qué tranquilidad no disfruta, sin embargo, el misionero! Porque «los remordimientos, dice él, no perturban el sueño de aquel que tiene la bóveda del cielo por techumbre y los límites del horizonte por cortinas (2).»

Los misioneros nos hablan siempre de sus privaciones de toda especie, y sobre todo de su alimentación, con una alegría que regocija á los Angeles, pero que debiera hacer llorar á los hombres. «Mi mesa no es muy espléndida. Lo que falta en ella es el pan, el vino y los lacticiños. En vez de pan, comemos arroz; en vez de vino, bebemos agua; en lugar de leche, tenemos el licor del coco, cuando es la estación (3).» Eso es todavía opíparo respecto de aquellos que beben el aceite de la ballena, comen queso de habas, de gato ó de serpiente de cascabel, hacen su comida con un guisado de lagartos, una abundante sopa de sapos y algunas veces con nada.—Un misionero no había comido hacia veinte y cuatro horas. Su voz estaba extinguida de inanición, y no pudo subir al altar, aunque los fieles estaban reunidos. Ese mismo misionero no poseía más que una sotana en comun con su compañero de Mision, y mientras que el uno celebraba el otro permanecía en su habitación. El exceso de fatiga y la falta de alimentos nutritivos redujeron pronto á esos dos sacerdotes á un estado de extenuación que su pobreza no les permitía remediar. Cayeron enfermos los dos al mismo tiempo, y por espacio de diez días permanecieron recostados sobre el suelo, no teniendo otro remedio que un cubo de agua. Cuando llegó la fiesta de la Asunción: «—Amigo mío, confesémonos por última

(1) Jac. I, 5.

(2) Heb. XI, 26.

(3) Daniel, XII, 3.

(4) Apoc. XIV, 4.

(5) Ps. CIII, 25.

(1) Ilmo. Flaget. (*Anales*, tomo I, n.º 1, 45).

(2) *Diccionario de las Misiones*, tomo II, pág. 969.

(3) *Ibid.*, pág. 198.



vez, dijo uno de ellos: el menos débil de los dos ensayará luego decir la santa Misa, y dará la Comunión al otro.» El celebrante cumplió con trabajo su piadoso ministerio, y el que había recibido la Comunión de sus manos como Viático, volvió á echarse sobre el suelo para no levantarse más de él. El sobreviviente aguardó á recobrar un poco más de fuerza para llevar el cuerpo del bienaventurado difunto hasta la huesa abierta en el jardín, y el moribundo enterró al muerto.

Los grandes maestros de la oración, como los neófitos llaman á los obispos, no son mejor tratados que sus discípulos mismos. «—¡Ah! monseñor, exclamó un sacerdote al encontrar á su obispo en una choza formada con algunas cañas entrelazadas; la volatería de nuestro país tiene mejor habitación que vos.» Todavía es peor en tiempo de persecuciones. «—Entonces estoy alojado en un agujero inaccesible al menor rayo de luz. El silencio es sólo interrumpido por el zumbido de los mosquitos y las correrías de los ratones, que no respetan mi presencia de ningún modo (1).» Sin embargo, los misioneros tienen también sus días de fiesta. «—Vengo de oficiar pontificalmente en las islas de Gambier. La espina dorsal de una ballena me servía de trono.» Mas no siempre tienen un asiento tan hermoso. «—Vosotras, gentes de Europa, me preguntáis si tengo un hermoso coche. Si por cierto; pero sólo tiene dos ruedas: son mis dos piernas, porque ordinariamente viajo á pié. Si me viérais en mis viajes, con los piés desnudos, el pantalón arremangado hasta las rodillas, ceñido con un ancho cinturón, con un enorme sombrero en la mano, apoyado sobre un nudoso bastón!... Si me viérais caminar así, en medio de las tinieblas nocturnas, exclamaríais de seguro: «¡Qué apóstol tan celoso!...» ¡Como si hubiera un gran mérito en hacer lo que hace todo el mundo (2)!»

Los misioneros no se contentan siquiera con esas flores del Calvario, que crecen por do quiera en torno suyo. Añaden á ellas unas maceraciones que recuerdan las de los antiguos solitarios. No olvidemos la conversión de aquel pagano que se acusaba de los más grandes crímenes y pedía una penitencia proporcionada á su deuda respecto de la Justicia divina. «—Hijo mío, le dijo su confesor, diréis por penitencia un *Padre nuestro* y un *Ave María*; yo me encargo de lo demás.» Y lo demás era la disciplina hasta hacer brotar la sangre. Sólo Dios y los Angeles saben esas maceraciones, durante la vida de esos hombres austeros; pero á su muerte no se les ha encontrado más mueblaje que un cilicio y dos disciplinas.

Compadezcámosles á esos rudos soldados de Jesucristo, que sólo nos refieren sus grandes sufrimientos como para reírse de ellos; mas guardémonos también de creerles tan desgraciados como juzgando humanamente nos lo figuramos. No en vano Jesucristo ha prometido el céntuplo, desde esta vida, á quien renunciara á todo por Él. Ese sacerdote que acabamos de dejar solo enteramente en su cabaña acaba de recobrar su salud. En la primera carta que nos envía después de su restablecimiento nos dice: «Hasta ahora no he tenido un solo momento de disgusto ó de pesar. Si yo estuviera en Francia abandonaría en seguida mi patria por mi querida Misión del

Tejas, que sólo abandonaré por fuerza y con la vida.» «Nada poseo en el mundo, nos dice otro; no obstante, me parece imposible ser más feliz de lo que soy. ¿Deseáis saber cuáles son mis penas? no tengo ninguna. Amigo mío, tranquilizaos respecto de mí; nosotros no cesamos de estar contentos de todo lo que Dios nos envía. En medio de las mayores privaciones es aún donde el contento se siente más. El otro día, mientras estaba tomando con mi compañero el fresco de la noche, oíamos á nuestros neófitos cantar cadenciosamente las acostumbradas oraciones. Entonces nos dijimos: ¡Qué situación la nuestra y cómo hemos llegado á tal punto de dicha! ¿Hay acaso en nuestra patria la centésima parte de los goces que nuestro buen Maestro nos hace sentir en este momento (1)?» Cuando las pruebas aumentan, cuando un viento de persecución condensa encendidas nubes en su cielo, ellos exclaman: «—¡Vivan las miserias y las cruces! ¡qué importa que todas las horas de mi vida sean tristes y llenas de aflicción, si mi corazón rebosa de alegría y mi postrer suspiro debe ser más dulce (2)!»

No les echarémos en cara como una debilidad el que piensen algunas veces en su distante patria. Todo se la hace recordar, hasta las abiertas flores que crecen sobre las orillas del camino que les ve pasar. «He vuelto á encontrar el jacinto salvaje que había dejado en mi patria, debajo de los pinos donde estuvo suspendida mi cuna, y ese encuentro ha despertado en mi alma muchos recuerdos. La distancia de seis mil leguas que me separa del suelo natal añadia á esos recuerdos una religiosa melancolía que es ya por sí sola grata al corazón cristiano. ¡Oh amigo mío! ¿Recordáis los benditos días de nuestra infancia cuando íbamos la víspera del *Corpus* á coger ese mismo jacinto para alfombrar al día siguiente con sus hojas el paso del Salvador? Pues bien; ¿debo decirlo? una lágrima brotó de mis ojos, á pesar mío, al pensar en esos goces inocentes y casi celestiales que no volverán nunca más (3).» No nos dé ningún cuidado respecto de los misioneros ese conmovedor recuerdo del país natal. Algunas veces pasan mucho tiempo sin recibir noticias de él. Al cabo de veinte años del más completo silencio, uno de ellos recibió una carta que le participaba que todos los de su familia habían muerto. Otro nos asegura que el Dios de todo consuelo mitiga ese sentimiento como muchos otros. «—En mis paseos solitarios me sucede á menudo pensar en mi patria, siempre tan querida para mi corazón. En el aislamiento en que me hallo, la vista de los objetos que me rodean, el silencio mismo del desierto, todo contribuye á hacerme recordar mi destierro; mas al propio tiempo el pensamiento del poco bien que se obra entre mis buenos indios y el cariño que me demuestran, reaniman mi valor y me devuelven la alegría. No salgo del bosque sin haber bendecido á Dios por mi vocación al apostolado, y sin haberle renovado el sacrificio de mi vida (4).»

Esa abnegación entera de sí mismo es la oración del misionero en la mañana; porque él puede gloriarse, como san Pablo, de tener que arrostrar todos los peligros: *Peligros en los viajes y sobre los ríos, peligros entre los la-*

(1) *Las Misiones cristianas*, por Marshall, tomo I, pág. 96.

(2) *Diccionario de las Misiones*, tomo II, pág. 197.

(1) *Anales*, tomo XVIII, pág. 126.

(2) *Ibid.*, tomo VII, pág. 412.

(3) *Diccionario de las Misiones*, tomo II, pág. 1, 178.

(4) *Anales*, tomo IV, pág. 493.



drones y los paganos, peligros en las ciudades y los desiertos, peligros en el mar y peligros por parte de los falsos hermanos (1). Mas el peligro para el misionero es un juego; de modo que precisamente cuando nos escribe en medio de los peligros es cuando sus cartas respiran la más dulce alegría. «—Acabo de abandonar el agujero de roca donde me hallaba oculto hace algunos meses; es esa la sexta cueva que sirve de asilo á mis setenta y cinco años (2).» El hambre, el cólera y los azotes de todo género, todo lo endulzan estas palabras de resignación sublime: «Bendito sea Dios;» todo lo justifican estas otras: «Dios nos castiga, luego nos ama.» Es que *la caridad de Jesucristo les impulsa*, y que Jesucristo se halla en cuerpo y alma en su pecho en la santa Hostia que llevan consigo en las expediciones más peligrosas. Es

que el peligro no es nada para ellos ante el valor de la salvación de una sola alma. ¡Y cuántas almas no tienen que salvar en unos países donde los hombres, según ellos dicen, son tan numerosos como las hormigas! Para conducirles al redil, preciso es que ellos luchen contra todas las potestades del infierno, contra todas las pasiones de una naturaleza corrompida. Serían ya asesinados desde el primer día si Dios no hubiese armado en cierto modo á sus sacerdotes con un terror secreto que hace temblar á los demonios y sus instrumentos. «—Hallábame sitiado en Wallis con mi pequeña cristiandad. ¡Vengüemos nuestros ídolos, gritaban los paganos; muera el enemigo de nuestros dioses! En tan terrible trance me adelanté solo hacia los enemigos, con mi Crucifijo en la mano. Estos quedaron aterrados, y de repente



FORMOSA (China).—Grupo de igorotes. (Pág. 392).

se desbandaron, sin haber pensado siquiera en si el pecho del misionero se hallaba á prueba de sus flechas, como su alma lo está del miedo (3).» La virtud de los misioneros es fortalecida en vista del martirio; ella se rie igualmente de las amenazas, de los tormentos y de las sentencias de muerte. Allí donde los verdugos ostentan mayor lujo de instrumentos de suplicio, hacia allí corren ellos, como los rios al mar. Testigo de ello esa Mision de Corea, cuya historia se parece á un martirologio escrito en toda su extension con sangre. Háse visto un misionero vagar diez años en torno de dicho país sin poder penetrar en él; y cuando al fin un osado piloto lo hubo dejado sobre la playa: «—¡Corea, Corea! exclamó,

tú llevas un nombre que hiela de espanto y resuena dulcemente en mi corazón.»

Todas esas pruebas y todos esos peligros no son más que las angustias de Gethsemaní y los preludios de la Pasión: Jesucristo continúa viviendo en esos misioneros, y, desde la sangre que Él derramó para la salvación del mundo, se necesita sangre para salvar las almas. Así todas las fundaciones de todas las iglesias están cimentadas generalmente con la sangre de los apóstoles.

El misionero Gagelin nos dice que se reconoce muy indigno de la gracia del martirio, pero que, sin embargo, la estuvo deseando toda su vida y que Dios se la concedió á la edad de treinta y cuatro años. El santo anciano Hénarès esperó mucho más tiempo. A pesar de sus votos y sus preces, no pudo derramar su sangre por la fe hasta al cabo de treinta y ocho años de episcopado,

(1) II Cor. xi, 26.

(2) Marshall, tomo I, pag. 97.

(3) Diccionario de las Misiones, tomo II, pag. 737.



cuarenta y nueve de misionero y el sexagésimo tercero de su vida. El Ilmo. Rhodes, menos afortunado, fué desterrado seis veces, volviendo cada vez á su sangrienta Mision del Tong-king, siempre con la esperanza de coger la palma que no pudo jamás obtener. Cuando los misioneros hallan á su llegada el fuego de la persecucion bien encendido, «hemos venido en una buena estacion,» dicen ellos; es la estacion de los mártires, y como esas rosas encarnadas, ellos se hallan en plena florecencia. En tiempos relativamente de paz dicen: «Yo quisiera morir de cansancio sobre una arena abrasadora y el cuerpo despedazado por las fieras. Al comparecer ante mi Juez yo le mostraria mi cadáver así mutilado para su gloria, con la esperanza de que mi causa sería ganada (1).» Empero cuando el edicto de persecucion es promulgado,

la tierra tiembla de léjos y el misionero exclama: «¡Cuán generoso es Jesús para con aquellos á quienes llama al campo de batalla!» El día que cae en manos de sus verdugos es para él el día anhelado desde mucho tiempo. «Todo llega, dice él, para aquel que sabe esperar, y es bien para mí que se cumple este proverbio. Muchas veces ya hubiera debido ser preso; pero la hora de Dios no habia llegado todavía, y ahora acaba de sonar por fin (1).» Y ¿por qué ha sido preso aquel á quien Jesucristo permite *cuando es perseguido en una ciudad huir á la otra* (2)? «Es porque, dice él, yo no he podido decidirme á abandonar á mis pobres cristianos, que tenían tanta mayor necesidad de mi presencia, cuanto la persecucion era más terrible (3).» Y cuando es un jóven de veinte y siete años, como el P. Bonnard, el que



FORMOSA (China).—Chozas de igorotes. (Pág. 392).

Dios escoge para coronarlo con la gloria del martirio, su obispo le dirige esta queja amorosa: «—Tengo envidia de veros entrar antes que yo en el reino celestial. Vos partís por el camino más corto y más seguro, mientras que yo estoy condenado á permanecer todavía el juguete de las olas en este mar tormentoso. Yo, vuestro obispo, vuestro antiguo capitan, que sirvo en esta tierra extranjera hace veinte años, me quedo rezagado respecto de vos. ¿No hubiera yo debido acaso alcanzar la palma antes que vos? Mas, puesto que tal es la voluntad de Dios, yo os perdono. Partid, pues, en paz, niño mimado de la Providencia. Sí, yo envidio vuestra suerte, pero con una envidia afectuosa y unos celos de ternura. ¡Cuán dichoso sois de ir á reuniros con los mártires de nuestra

Mision! ¡Con qué alegría no os han de ver ellos entrar en su gloriosa compañía!»

El preso tiene tanto miedo de perder la corona, que se apresura á escribir á su obispo: «—Confio que María me alcanzará de su adorable Hijo la gracia de derramar mi sangre por la fe. Me estoy preparando lo mejor que puedo para el último sacrificio. Por favor os suplico no hagais gasto alguno para mi rescate; rogad solamente mucho para que yo acabe felizmente mi carrera (4).» Su alma es ya como arrebatada al cielo, y se vuelve aún más tranquila y más serena á medida que se acerca el día anhelado. «La noticia que me disteis ayer de mi

(1) *Anales*, tomo VI, pág. 438.

(1) *Anales*, tomo XV, pág. 485.

(2) Matth. x, 23.

(3) *Anales*, tomo VII, pág. 352.

(4) *Anales*, tomo XXXI, pág. 22.



ejecucion para hoy no me ha causado otra impresion que un perfecto contento: esta noche he dormido como ordinariamente. Sólo mi pesada canga me cansa un poco permitiéndome apenas estar sentado (1).» Mas él se acuerda que ha dejado en Europa un padre, un hermano y una hermana. No tiene más que el tiempo de escribirles su último adios. «—Mi destierro va á terminar, la tierra huye, el cielo se abre. No lloreis por mí, un día nos volveremos á encontrar en el paraíso. Yo querria escribir á cada uno de vosotros, pero no puedo hacerlo. Adios, anciano padre mio, querido Enrique, buena Melania, adios. Hace tres años que no he recibido de vosotros noticias. Ignoro quiénes viven todavía ó quiénes ya no existen. El preso de Jesucristo envia á todos su último saludo; adios á todos aquellos que me han amado (2)...» No obstante, aún le quedan algunas horas de vida antes que todo esté consumado. Las consagra á predicar á Jesucristo, y él mismo lo predica mientras camina al suplicio. Nunca sus palabras fueron más eficaces. La vista de sus cadenas les presta fuerza; porque en todas partes se cree en una religion cuyos testigos se hacen degollar. Mas hé aquí el cadalso; hé aquí la cuerda que debe estrangular al mártir, ó el hacha que debe derribar su cabeza de un solo golpe, cuando no es despedazado. Da un apretón de manos á su ejecutor. «Amigo mio, le dice; yo voy al cielo; ¡así pudiera llevaros conmigo!» Y el verdugo le pide perdon, recomendándose á sus oraciones; y la pagana multitud llena de admiracion exclama: «¿Por qué se ha de dar muerte á un justo como éste? ¿Háse visto jamás á alguno ir al suplicio con menos emocion y morir con una resignacion más tranquila?» Y todas las playas cantan su himno de muerte, ó más bien de triunfo. Y al saber su madre los gloriosos detalles del martirio de su hijo, se la ha oido decir, deshecha en llanto: «Bendito sea Dios; ya estoy libre del temor de verle vencido por los sufrimientos.»

¡Dichosas las entrañas de las madres que han llevado tales hijos! ¡Dichosos los países que han producido unos hombres tan grandes!

La ciudad que me ha mecido en sus brazos tan tiernamente durante cuarenta años enteros de mi vida, Saint-Brieuc, tiene tambien un apóstol de las Misiones. Es el P. Gleyo-Lachesnaye, quien en veinte y dos años de apostolado y ocho años de duro cautiverio «ha sufrido otros tantos martirios (3).» El santo misionero escribió por obediencia la historia de sus tormentos, y, lo que costó todavía más á su humildad, la de las gracias sobrenaturales con que el cielo le favoreció.

¿Debemos acaso extrañar que esos últimos apóstoles, que tan bien renuevan la vida y la muerte de los primeros, renueven asimismo sus antiguas maravillas? La virtud taumaturga es el ornamento principal del apostolado. Jesucristo mismo sólo se sirvió de él para confirmar la mision divina, y cuando envió á sus Apóstoles á enseñar á todas las naciones, dióles ese poder al predecirles que la de ellos seria aún mayor que la suya propia. *Opera quæ ego facio, et ipse faciet et majora horum faciet* (4). San Francisco Javier renovó el milagro del don de lenguas, y to-

dos los misioneros participan de ese don del Espíritu Santo por la facilidad con que aprenden unas lenguas que se parecen, segun ellos dicen, al gorjeo de los pájaros. Ni una sola cabeza de misionero rueda sobre el suelo ó en un rio, ni un solo cuerpo de los martirizados es aplastado bajo los piés de los elefantes, sin que inmediatamente la sangre derramada no se convierta en semilla de cristianos. Las heridas hechas sobre todos los miembros de los torturados se hallan aún curadas durante la noche, en los calabozos, como las llagas de santa Ágata lo fueron en las cárceles de Catania. Nos perderiamos como en un bosque si quisiéramos recoger todos los prodigios esparcidos en las cartas de los misioneros. Contentémonos con decir que los gentiles llamaban en su rudo lenguaje á san Francisco Javier *el Dios de su naturaleza*: hasta tal punto le veian ellos trastornar las leyes de ésta, apaciguando las olas, curando los enfermos y resucitando los muertos!

...La muerte, bajo cualquier aspecto que se presente, tiene para el misionero una sonrisa; porque ¿cuál es su esperanza acá en el suelo sino el Señor (1)? Y además el misionero sabe que *la muerte para él es ganancia* (2). Él se se ha llevado consigo estas palabras que san Vicente de Paul dirigia por despedida á sus sacerdotes que partian para una Mision lejana: «¿Es por ventura una desgracia para los misioneros ir á gozar pronto de la gloria que su divino Maestro les ha alcanzado con sus sufrimientos y su muerte?» Él ha practicado el Evangelio en su más penosa acepcion, y todo lo que Jesucristo recomienda á sus Apóstoles, él mismo lo observa. Y sabe anticipadamente *todas las apreturas que ballará en el mundo* (3); mas su gran modelo, san Francisco Javier, le ha enseñado «que el peligro mayor para el misionero es la falta de confianza en los mayores peligros.» Como el grande Apóstol, *él se muestra, pues, en todo ministro de Dios con una grande paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles y en sediciones* (4).

¡Qué hombres! Si los cuarenta siglos paganos antes de Jesucristo hubiesen podido producir uno sólo de esa talla, ¿acaso sus estatuas no estarian en pié todavía en Atenas y en Roma? ¡Ah! cualesquiera que sean los crímenes de nuestra época y los extravíos de nuestra patria, no desesperemos de ella mientras la veamos engendrar héroes semejantes, y derramar su sangre y su oro para lograr la verdadera civilizacion de los pueblos por medio del Evangelio. ¡Las Misiones compensan ámpliamente las defecciones de la infiel Europa, y quiera Dios que, en el misterioso orden de la gracia, esas nuevas cristiandades no sean llamadas á reemplazar á nuestro antiguo catolicismo, que la impiedad trata de ahogar en el lodo, y las naciones, cuando no lo expulsan de su seno, entregan á la pública irrisión y cargan de cadenas como culpable de un crimen contra el jefe del Estado por no admitir los principios modernos!

(1) Psalm. xxxviii, 8.

(2) Philip. i, 21.

(3) Joan. xvi, 33.

(4) II Cor., iv, 4.

(1) *Anales*, tomo VII, pág. 220.

(2) El P. Vénard. (*Anales*, tomo XXXIII, pág. 378).

(3) *Vidas de los Santos de Breñaña*, por Tresvaux, v, 469.

(4) Joan. xiv, 12.



## LA ISLA DE FORMOSA.

### I.

La isla de Formosa, que los chinos apellidan Tai-uan (jardin de aguas corrientes), está situada al Sudeste de la provincia china del Fo-kien, entre los  $117^{\circ} 52'$  y  $119^{\circ} 37'$  longitud Este, y  $21^{\circ} 56'$  y  $25^{\circ} 23'$  latitud Norte: tiene unos 390 kilómetros de largo por 150 en su mayor anchura, y mide 38,803 kilómetros cuadrados.

Dividela en dos partes una cordillera de montañas de Norte á Sur.

La parte occidental, que mide de 32 á 48 kilómetros de ancho desde la costa hasta el pié de las montañas, es la más poblada. Su llanura, entrecortada por alguno que otro pequeño monte ó cerro, presenta un aspecto pintoresco y agradable por la espléndida vegetacion de sus campos; así es que no sin fundamento se ha dado á esta isla el nombre de *Formosa* (hermosa). La parte oriental tiene de 12 á 20 kilómetros de ancho, y hasta el presente ha estado poco habitada.

Cuando en 1874 los japoneses se presentaron al Sur de la isla se abrieron algunos caminos en el monte, de Este á Oeste, á fin de si intentaban apoderarse de ella, segun se temia; y además el Gobierno chino dispuso que se estableciese en la parte oriental un mandarin con varios subalternos. Desde entonces varias familias pobres se han trasladado allí con la esperanza de mejorar su situacion.

El clima es bastante templado y muy sano y benigno. Desde Noviembre hasta Mayo reina el viento Norte, y en este intermedio la lluvia es poco abundante. Durante los meses de Diciembre y Enero, como el viento Norte sopla con bastante fuerza é insistencia, se siente algo el frio, y algunos europeos han visto en dicha época los montes del Norte coronados de nieve.

Desde Junio hasta Octubre reina el viento Sur, el cual trae copiosísimas lluvias, y con alguna frecuencia terribles huracanes ó vaguios; así es que durante aquel período es peligroso viajar por el canal de Formosa.

Numerosos rios cruzan esta isla en diversos sentidos, siendo los principales, al Norte el Ke-long, el To-ka-ham y el Sam-kuai, y al Oeste el Pong-kam.

En la costa occidental hay algunas rutas, pero generalmente no son más que sendas estrechas y bastante accidentadas, por lo que se hacen casi intransitables en tiempo de lluvias.

La isla de Formosa es muy fértil, siendo sus principales productos el arroz, la caña de azúcar, el té, alcanfor, algodón, camote, piñas, naranjas, limoncitos, mangas, ciruelas, albérchigos, con otras ricas frutas y varias clases de legumbres y hortalizas.

Los *igorotes* (indígenas de los montes) tienen muchísimos enjambres de abejas, y la miel, que recogen en abundancia, es riquísima.

Las montañas producen excelentes maderas de construccion; mas no pueden utilizarse, por cuanto los *igorotes* se oponen seriamente á que se vaya á cortarlas. Todos los maderos vienen de China, y por este motivo es muy costoso levantar en la isla cualquier edificio, pues la madera cuesta el triple ó cuádruplo que en el continente.

Entre los animales domésticos el búfalo es el más co-

mun. Hay tambien algunos bueyes y caballos. Abundan los jabalies, ciervos, gamos, monos, conejos, cabras monteses, toda clase de aves de rapiña, ánades, patos, gansos, tórtolas, y diversos réptiles, víboras y culebras de todos tamaños, hasta la boa.

En el mar se pescan ricos besugos, tortugas, merluza, tiburones, anguilas, cangrejos, ostras y langostas con otros varios, y en los rios el barbo, la anguila y otras muchas clases de sabroso pescado.

Las minas que actualmente se explotan son las de hulla (carbon de piedra), y en la costa occidental, en las cercanías de Tang-si-kak, las hay de petróleo. (Pág. 385).

No hay en la isla volcanes en erupcion, pero se encuentran aguas termales de una temperatura muy elevada, semejantes á las del pueblo de Los-Baños de la provincia de la Laguna, en la isla española de Luzon.

Los principales artículos de exportacion son el azúcar, arroz, té, alcanfor y piñas. Con estos productos se sostiene un comercio regular con China, Japon y aún con algunos puntos de Europa.

La importacion consiste sobre todo en telas, sedas y la pestilencial droga del opio, cuyo consumo, en el que se invierten algunos millones, aumenta cada año, y se ha extendido ya su uso entre los indígenas.

Hay cinco puertos abiertos á los europeos, á saber: Tai-uan-fu, Ta-kao y Long-kian en la costa occidental, y Tam-hui y Ke-long en la septentrional.

### II.

La isla de Formosa, en la que se establecieron los chinos desde 1430, cayó en poder de los españoles en 1626, y en 1643 pasó al dominio de los holandeses, que fueron expulsados de ella en 1661 por el pirata chino Koxinga. En 1683 pasó de nuevo al poder de la China, que lo ha conservado desde entonces á pesar de la insurreccion de 1721.

El *fu-tai*, gobernador superior de la isla, reside en Tai-uan-fu, capital, ciudad populosa, comercial é industrial, de tres leguas de circuito y ceñida de buenas murallas que se construyeron en tiempo de la dominacion holandesa. Tiene tambien allí su residencia el *tao-tai*, gobernador inferior encargado de los negocios civiles de menor importancia, y además el *tin-tai* ó comandante general de la milicia.

A comienzos de 1874 el Gobierno japonés, deseando poner fin á las atrocidades de los salvajes, foragidos y piratas, envió un pequeño ejército á Formosa. Esta expedicion indispuso al Gobierno de Pekin, y durante algunos meses pareció inminente una guerra entre la China y el Japon. No obstante, la «cuestion de Formosa» tuvo solucion pacífica por medio de un convenio entre ambos Imperios, en el que intervino Mr. Wade, representante inglés en Pekin.

La isla está dividida en cinco departamentos, tres de segundo orden, y dos de tercero, administrados cada uno de ellos por un mandarin civil y otro militar. Otros subalternos de menor graduacion están distribuidos en varios puntos de la isla.

El pié de ejército, fijado por el Gobierno chino, es de 10,000 hombres, y hace algunos años varios europeos les instruyen diariamente en la táctica militar. Cuatro cañoneras guardan las costas.



Difícilmente puede precisarse la poblacion exacta de la isla, que los viajeros y los misioneros hacen subir á tres millones y medio de almas entre igorotes, naturales, chinos y cantoneses.

Es punto poco menos que imposible poder llegar á deslindar quiénes sean los aborígenes ó primeros habitantes de la isla. Solamente se sabe que desde tiempo inmemorial los igorotes pueblan los montes, mientras los indios, que llamamos naturales, pueblan el llano.

Unos y otros pertenecen sin duda á la raza malaya; pues su físico, esto es, su piel algo negruzca, pelo negro, labios gruesos, boca grande y nariz algo achata-da, dan bastante fundamento para asegurarlo así. Los igorotes tienen dichas cualidades en un grado más pronunciado, y por lo regular son de más baja estatura y de menos corpulencia que los habitantes del llano. (Pág. 388).

La construccion de la lengua de entrambos viene á confirmar este parecer.

Actualmente es bastante reducido el número de los naturales, no llegando quizá á la vigésima parte de la poblacion total de la isla. A consecuencia de las luchas continuas que hasta poco há tuvieron que sostener con los chinos y cantoneses, se han visto obligados á abandonar ó mal vender á éstos sus hogares y posesiones, quedando con raras excepciones relegados al interior, habitando los pueblos más próximos á los montes.

Los igorotes son temibles por su ferocidad y crueldad. Como toda su gloria la fijan en parecer valerosos delante de sus compatriotas, no omiten medios ni estratagema alguna para vejar á sus semejantes. De aquí que acostumbren á ponerse en atalaya en las cimas de los montes, y al observar que algun incauto se acerca, bien sea á cortar leña, bien sea á hacer carbon, que es el único recurso que tienen muchos de los pueblos naturales para ganar la subsistencia, se deslizan con el mayor silencio por entre los matorrales, y al acercársele, le tiran la lanza, ó le arrojan su gran cuchillo.

Una vez derribada la víctima, le cortan la cabeza y dejan en el mismo lugar el tronco del cuerpo. Suben á su rancharía con la cabeza, y allí es paseada en triunfo

con grande algazara. Luego se queda el asesino con ella, y la coloca en su choza.

Cuando algun igorrote ha cortado un número determinado de cabezas recibe en premio el privilegio de hacer y vender pipas, que no consisten más que en un poco de madera con un hueco figurando la cara de un hombre, y en la que engastan algunos pequeños pedazos de cobre.

La necesidad obliga á los igorotes á mostrarse algunas veces más humanitarios y sociales, haciendo paces con los naturales á fin de hacer sus cambios.

Es el lugar de reunion un delicioso valle regado por una corriente de muy cristalina agua. Bajan allí los igorotes con su carga de carbon, leña, paja para techar las casas, tabaco, y cuando es su tiempo cajeles y albérchigos, y cambian con los naturales dichos productos con sal, tela, cuchillos y pólvora, que son los artículos de que aquellos más carecen.

Los hombres bajan y se presentan á su modo salvaje, cubierto su cuerpo solamente con un taparabos. Las mujeres, al contrario, visten decentemente, cubriendo su cuerpo con unos calzones y una especie de bata que les llega hasta las rodillas.

Tanto los hombres como las mujeres tienen mucha vanidad en adornar sus sienes con una guirnalda que hacen de las florecitas que encuentran en el monte.

Los igorotes son tan pobres de inteligencia que no saben leer ni escribir, y cuentan los años por medio de nudos, sirviéndoles las estaciones de norte para saber cuándo ha transcurrido ya el año.

Los naturales ó indígenas del llano son apáticos y poco inteligentes, siendo esta la causa principal de que la mayor parte vivan en mísero estado. Podrían en algunos puntos, á imitacion de sus vecinos los cantoneses, construir algunos diques para retener las aguas de varias corrientes que bajan de los montes, abrir cauces para dar direccion á las mismas, y así tendrían casi aseguradas dos cosechas anuales; mas ya por no encontrarse entre ellos sugeto alguno dotado de inteligencia, que se ponga al frente para dar direccion á la obra, ya tambien por no hacer todos ellos un pequeño sacrificio corporal y pecuniario, se ven privados de tanto beneficio, sin que



FORMOSA (China).—Tipo de indígena civilizado.



sea suficiente para despertarles de tal incuria el ver que pocos años pueden obtener una cosecha regular por ser seco el terreno que ocupan, pudiendo plantar tan sólo una vez al año en tiempo de lluvias; y esto no siempre, por lo que su cosecha se hace problemática.

Hace bastante tiempo se abrió una escuela en Ban-kim-cheng, á la que asisten varios muchachos de los naturales. La Mision es la que paga la dotacion anual del maestro, y da gratis á los muchachos libros, papel, pinceles, tinta, etc., distribuyéndoles algunas veces premios para que les sirvan de aliciente. No obstante lo dicho, no abrigan los misioneros grandes esperanzas de que perseveren. ¡Tanta es la indolencia de padres é hijos!

Poseen los naturales, sin embargo, algunas buenas cualidades, merced á las cuales ha encontrado el misionero acceso entre ellos; así es que varios han obtenido ya el grande beneficio de ser catequizados y de haber entrado en el gremio de la Iglesia.

Su sencillez y poco apego á las supersticiones chinas hace esperar, á pesar de su natural indolencia, que despues de algunas generaciones, cuando la fe esté más arraigada y hayan recibido más á fondo la instruccion moral y religiosa, serán sin duda el consuelo de los misioneros de la isla.

Los cantoneses, chinos procedentes de Canton ó de la provincia del Kuang-tong, habitan generalmente las llanuras meridionales de Formosa; tienen un lenguaje particular, y sólo forman una parte mínima de la poblacion.

Los chinos propiamente dichos, esto es, los chinos oriundos de las provincias vecinas del Kuang-tong, se hallan establecidos en la parte septentrional de la isla, en donde tambien se encuentran multitud de familias originarias de cantoneses cruzados con chinos. Estos forman actualmente el núcleo de la poblacion de Formosa, y su idioma es el que comunmente se habla, aún entre los naturales, quienes se han olvidado de tal modo de su propia lengua, que sólo algunos ancianos se acuerdan de ella.

### III.

El Evangelio fué llevado por primera vez á Formosa en 1625. Deseoso de penetrar en China por el Fo-kien, el P. Bartolomé Martínez, dominico, acompañado de otros cinco Religiosos de la misma Orden, fué primero á establecerse en Formosa, fundó allí una iglesia y un convento, y trabajó con éxito en la conversion de los indígenas. La Mision adquirió mayor desarrollo en 1630 bajo la direccion del P. Jacinto Esquivel del Rosario, pero tambien tuvo sus mártires. El P. Francisco de Santo Domingo fué asaeteado el 27 de Enero de 1633, y en 1636 el P. Luis Muro vertia igualmente su sangre por la fe. «Algunos años más tarde (1643), continuando los holandeses su guerra fanática contra el Catolicismo, tomaron á los españoles la isla Formosa, derribaron la iglesia y el convento de los Dominicos, profanaron las sagradas Imágenes, y lleváronse prisioneros á Batavia al P. Juan de los Angeles y á otros cuatro Religiosos. Desde aquella época los Dominicos hicieron frecuentes apariciones en dicha isla, pero fueron generalmente infructuosas (1).»

Finalmente, despues de un destierro de más de dos siglos, la Orden de santo Domingo pudo entrar de nuevo

en posesion de una tierra conquistada en otro tiempo con su sangre. El 17 de Agosto de 1860 Formosa fué erigida en Mision y unida al vicariato apostólico del Fo-kien. Los principios fueron laboriosos, y las luchas incesantes; pero los misioneros tuvieron el consuelo de bautizar durante el curso de 1863 cincuenta y dos adultos, primicias de la cristiandad renaciente. El 29 de Junio del año siguiente abrieron un pequeño seminario en Ban-kim-cheng. El P. Fernando Sainz, vicario provincial, presidió esta obra y la continuó durante quince años á costa de trabajos inauditos, hasta que su quebrantada salud le obligó á volver á Manila.

La Mision de Formosa cuenta actualmente cuatro residencias. Tai-uan-fu, Ta-kaio, Son-ka y Ban-kim-cheng, con más de 700 cristianos. La residencia más importante es la de Ban-kim-cheng, descrita recientemente por el P. Clinchon en los siguientes términos:

«Ban-kim-cheng está situada en la parte Sudeste de la isla, cerca de una montaña poblada por gran número de igorotes. Tengo aquí una casa-mision bastante capaz con una iglesia dedicada á la Inmaculada Concepcion, cuya graciosa y bella Imágen se venera en el altar mayor. Los cristianos forman el tercio de la poblacion.

«Al Sur de Ban-kim-cheng, á una distancia de ocho ó diez minutos, hay un pueblo de naturales, entre los cuales contamos algunas familias cristianas.

«Al Norte, y á poco más de una hora de distancia, hay otro pueblo, en donde tenemos muchas familias recientemente convertidas. En dicho punto tengo una cabaña y una iglesia bastante espaciosa para el número de cristianos, dedicada al gran apóstol español san Vicente Ferrer.

«A dos leguas al Oeste de Ban-kim-cheng se encuentra otra cristiandad en un pueblo habitado por chinos y naturales. Allí tambien tengo una iglesia dedicada á san José.

«Tal es la extension de mi distrito. Los viajes se hacen sin dificultad, porque las distancias son poco considerables y los caminos en esta parte de la isla no son de los peores. Los vastos campos de arroz y caña de azúcar, y los numerosos pueblitos rodeados de espesos bambúes, presentan una vista de las más pintorescas. Sin embargo, no se crea que los viajes del misionero sean siempre igualmente agradables y fáciles. Durante las lluvias torrenciales del verano, los caminos se hacen á veces intransitables, y además los cubren de agua el riego del arroz, los canales y arroyos engrosados por la lluvia, y los torrentes que bajan de los montes. Si entonces sobreviene un vaguio ó huracan, es imposible salir. En dicha estacion es preferible viajar á pié, resignándose empero á meterse en el fango y á vadear rios y torrentes. A veces se cruzan en una balsa de bambúes ó sobre una carreta.

«Los naturales son muy pobres á causa de su poca habilidad y de su imprevision, así como de la astucia de los chinos, que saben explotar su sencillez. Sin la religion católica estas miserables poblaciones no existirían ya. Cuando el Evangelio fué llevado á este país, los habitantes estaban en guerra no interrumpida con los chinos de Canton, y al fin hubieran sucumbido á una lucha desigual.

«He dicho que mi residencia está cerca de una mon-

(1) *Misiones dominicanas del extremo Oriente*, pág. 185.



taña que sirve de asilo á los igorotes. Estos infieles, antes de la guerra de 1874 con los japoneses, ó mejor antes de los preparativos de ella, estaban en lucha continua con las poblaciones vecinas, sobre todo con los chinos, sus más encarnizados enemigos. Raras veces pasaba un año sin que en una ú otra parte rodasen por el suelo algunas cabezas. Pero desde 1874, viéndose los mandarines amenazados por los japoneses, quisieron vivir en paz con los igorotes. A este objeto prohibieron bajo pena de muerte atentar á su vida, prometiendo por otra parte una compensacion de doce onzas de plata para cualquiera que perdiese la vida á manos de los salvajes. Tranquilos con esto, los igorotes descendian frecuentemente de sus montañas y se aventuraban por el interior de la isla, sin descuidar además el venir á nuestra iglesia. Su visita nos era poco agradable, porque no sabian más que pedir *canu-baba* (beber vino); y si este faltaba, se ponian de mal talante. A veces tambien no se les podia dar, porque llegaban ya completamente borrachos.

«Ultimamente, confiando en la buena inteligencia que parecia reinar, decidióse un chino á subir la montaña para comprar un lechon, y con este objeto llevaba ciertos utensilios de menaje. Pero los igorotes, olvidando lo pactado y codiciosos de la carga que llevaba el desgraciado chino, se precipitaron sobre él y cortáronle la cabeza. Desde entonces no se han atrevido á descender, aunque el mandarin haya realmente satisfecho la compensacion que he referido. Creo que será muy difícil reducir estos salvajes.»

Tres pastores protestantes se hallan instalados en los puertos de la isla. Como los comerciantes tienen en cada puerto su médico europeo protestante, los Pastores se aprovechan de esta circunstancia, levantando cada cual su hospital, en donde admiten chinos enfermos. El médico les visita, y el Pastor ó sus catequistas les predicán. Si curan, dejan inscrito su nombre como prenda de querer afiliarse al protestantismo; mas como casi la totalidad vuelven á sus supersticiones, el número de tales prosélitos es solamente nominal.

## CORRESPONDENCIA.

### CHINA.

*Carta del Rdo. Janssen, misionero del Kan-su, al ilustrísimo Hamer, vicario apostólico.*

Lan-tcheu, Enero de 1881.

Habiendo partido de Lan-tcheu el 14 de Octubre, tocábamos en las puertas de Tchín-tcheu al anochecer del 22. Esta ciudad está situada en un ameno y fertilísimo valle, á orillas de uno de los numerosos afluentes del Hoang-ho. En ella se hace considerable exportacion de tabaco, algodón y licores fuertes, y con no poca sorpresa ví sus calles perfectamente empedradas, lujo desconocido en todas las ciudades chinas que he visitado hasta el presente: el orden y la limpieza le dan agradable aspecto.

Durante el hambre de 1877 á 1878 varios ministros anglicanos se establecieron en esta parte del Kan-su, prestando en ella importantes servicios. Han instalado una

escuela y un templo en Tchín-tcheu con la esperanza de fundar allí una comunidad: ignoro si estos señores han logrado algunas conversiones; no obstante, es innegable que su espléndida generosidad les ha valido excelente reputacion. El embajador Wade ha obtenido del Tsung-li-yamen, en favor de sus compatriotas, una entusiasta carta de recomendacion que se ha fijado en distintos puntos del distrito de Tchín-tcheu. No hay que decir cuánto favorecen sus relaciones con las autoridades esas buenas disposiciones del Gobierno chino.

Por desgracia los misioneros católicos estamos muy distantes de eso. La tarde de nuestro arribo el dueño de la posada en que nos alojámos tuvo que comparecer ante uno de los mandarines, y fué condenado á una paliza en regla bajo pretexto de que habia tardado en dar el nombre de los extranjeros que albergaba en su casa. Entre nueve y diez recibí inesperadamente la visita de varios individuos andrajosos: sus maneras brutales hicieron que los tomara por ladrones, y así les di con la puerta en los hocicos sin cumplimiento alguno. ¡Santo Dios! ¿quién pudiera imaginar que esto iba á imputárseme como un crimen? A lo que parece aquellos miserables eran satélites. A media noche invadieron segunda vez la posada en mayor número y armados de palos y cuerdas. Querian al *Yang-Kuidze* (diablo de Occidente), ó por lo menos á sus compañeros de viaje, quienes debian seguirles inmediatamente á la cárcel. Acostumbrado desde mucho tiempo á despreciar tales fanfarronadas, despachéles uno de mis catequistas, á quien pusieron á recaudo.

A mi vuelta se renovó la misma escena en Ma-gin. Extraña manera de interpretar nuestros salvoconductos, en los cuales se lee con todas sus letras: «que las autoridades están obligadas, no sólo á defendernos contra los ataques de los malvados y de las fieras, si que tambien á darnos ayuda y proteccion en todas circunstancias.» Es posible que todo sea cosa de subalternos, obrando tal vez de *motu proprio*; sin embargo, las numerosas extorsiones que no ha cesado de suscitárenos desde nuestra entrada en el Kan-su me hacen sospechar cada vez más que se espera, por medio de tales triquiñuelas, cansar nuestra paciencia y que nos disgustemos del país.

El día siguiente proseguimos nuestra marcha hácia el Sur, en direccion de Huei-hien. Los caminos son tan malos que estuvimos cuatro días para andar 250 *lis*. La comarca, por lo demás, es muy bella. A 30 ó 40 *lis* de Tchín-tcheu déjase de caminar por la llanura para subir insensiblemente hasta la cordillera del Tsin-lin. El país está en extremo poblado de bosques, y parecen haberse dado allí cita todas las esencias, todos los arbustos, todas las plantas trepadoras y rastreras. Solamente es de lamentar la falta de un inspector de aguas y bosques, pues los torrentes se cavan un cauce en donde mejor les viene, y los caminos son enteramente impracticables para el comercio de exportacion. En muchos puntos todo debe ser transportado en hombros de algunos infelices cuya suerte es digna de lástima. A pesar de la riqueza del país, moríanse en él de miseria en tiempo del hambre, y hoy que tiene abundantísima cosecha no por eso son más ricos, porque toda transaccion comercial es allí imposible. Los naturales, no sabiendo en qué utilizar sus bosques, diviértense en pegarles fuego de vez en



cuando, ocasionando incendios que llegan á tomar proporciones formidables.

Mas hé ahí otra miseria. Acá y acullá vense magníficos robles de prodigioso grueso, y he visto algunos cuya circunferencia mide de tres á cuatro metros. Son los ascendientes del bosque: sus retoños, verdaderos hijos de gigantes, les rodean á respetuosa distancia. Pero ¡oh aberración de la naturaleza humana! los infelices montañeses, olvidando el Criador por la criatura, prostérnanse piadosamente ante esos árboles, para ellos sagrados, y les tributan honores divinos. Adósase á su tronco una pagoda, cúbreseles de *ex-votos* y de fórmulas deprecatorias, y se les hacen promesas para obtener buen despacho de un proceso ó verse libres de un mal cualquiera. Recógense cuidadosamente sus hojas, su corteza y sus viejas ramas, y despues de tostarlas y reducirlas á píldoras, guárdanse como preciosos remedios para multitud de enfermedades, ó se suspenden al cuello á guisa de amuletos.

El 26 llegámos á Huei-hien, pequeña ciudad situada en un extenso valle sobre la pendiente de una colina. Está circuida de buenas murallas perfectamente conservadas, tras de las cuales los ciudadanos opusieron tan valerosa resistencia á los rebeldes, que escaparon á la matanza y al saqueo. Huei-hien contará más de 15,000 habitantes, y su aspecto es aún más pulcro y agradable que el de Tchín-tcheu.

El mandarin envió su secretario para que me cumpliera en su nombre. En vano traté de investigar en qué parte del distrito residían cristianos: mandarin y secretario estaban allí hacia poco tiempo, y no podían darme indicio alguno acerca de este punto. Empero tuvieron la complacencia de proporcionarme un excelente guía, quien nos acompañó á Yu-ell-ngai, en donde al parecer se encontraban algunos cristianos.

Esta última poblacion está situada á 69 *lis* al Sur de Huei-hien, adosada al Nan-san, cadena de montañas elevadísimas y de naturaleza cascajosa. Los 30 primeros *lis* corren á través de un ameno país desigual, con perfecto cultivo y muy poblado, que me recuerda los magníficos alrededores de Bruselas. Sus principales productos son el maíz y la alcandía. Aquí es igualmente la patria del *cheu-tse* (guyacana), fruto precioso que se cosecha en el Diospyro Kakli y que tiene la forma, la consistencia y el color de nuestros tomates. Llegado á su madurez, se parece á nuestras níscolas; seco, toma el nombre de *cheu-pung*, y es objeto de un comercio considerable: en este estado recuerda muy bien nuestros higos confitados.

A medida que uno se aproxima al Nan-san encuentra el camino más difícil, que lo era especialmente este año á causa de las persistentes lluvias. Llegámos por fin á Yu-ell-ngai, mas no había allí cristianos. Quisimos partir al día siguiente, pero una lluvia torrencial puso obstáculos á nuestro proyecto. Por la mañana recibimos la visita de un buen anciano, que nos invitó cortesmente á pasar el día bajo su humilde techo. Aceptámos, y desde luego pudimos convencernos de que la invitación no era hecha á la chinesca, esto es, de pura forma. En prevision de nuestra visita, todo se había dispuesto en aquella casa: la familia entera, compuesta de la abuela, de sus dos hijos, nueras y nietos, vino á saludarnos, tras lo cual

sirviéronnos un excelente pisto de harina de maíz y de sabrosas galletas. ¡Qué animación! ¡qué gozo en aquella familia patriarcal! Pudiera creermé en medio de amigos y de antiguos conocidos.

Durante el día recibimos la visita de algunos vecinos, y aproveché la ocasión para explicarles las principales verdades de nuestra santa fe. Escucháronme atentamente, sin hacer la más pequeña objeción, y estoy persuadido de que si un misionero podía establecerse allí ó en sus cercanías, recogería abundantes frutos.

La mayoría de esos montañeses pertenece á la secta de los *Kín-sje* ó ayunadores. Creen en la inmortalidad del alma, y esperan procurarse un buen lugar en el paraíso á fuerza de privaciones y de limosnas. Abstienen de manjares y licores que puedan embriagar, cuyo uso consideran como un pecado. A propósito de la abstinencia de tales manjares, me refirieron que en tiempo del hambre se vieron obligados á transgredir la regla: los sobrevivientes, convertidos en verdaderos esqueletos ambulantes, se vieron obligados, para prolongar su miserable existencia, á devorar los cadáveres de sus parientes. Más de la mitad de los habitantes sucumbió al terrible azote.

Habiendo sabido aquí que había á corta distancia, en Lu-tze-ngai, un cristiano llamado Wang-wan-jin, resolvimos ir en su busca. El día 28 volvimos á bajar el Nan-san, y llegados á un lugar denominado Wang-Kia-ia-ho adquirimos la certeza de la existencia del susodicho cristiano. Mas como nos acompañaba un satélite creyóse que abrigáramos intenciones hostiles, y nadie quería indicarnos su morada. Sólo despues que hubimos dado pruebas manifiestas de nuestra misión enteramente pacífica, se nos mostró el camino. Apenas nos divisó desde lejos el excelente Wang-wan-jin, exclamó con transportes de júbilo: *"Kansie Tceu-Teku! Chenfu le la!"* ¡Gracias á Dios! ¡hé aquí un sacerdote! ¡Cuán grande era su gozo! y no sin motivo, pues desde mucho tiempo no había visto sacerdote alguno, y nunca un solo misionero visitó ese lugar. Aunque la familia cristiana era poco numerosa, permanecimos con ella hasta el 2 de Noviembre, dando la instrucción necesaria y administrando los Sacramentos, entre los cuales cuéntanse dos bautismos.

Los vecinos, honrados labriegos, me hicieron frecuentes visitas, y tuve ocasión de convencerme de que muchos se convertirían si tuviesen la dicha de contar con un misionero. No podríais imaginaros los buenos modales y exquisita amabilidad que existe entre esos sencillos labradores. Todos los transeúntes se dirigen respetuosamente el saludo chino: inclinación profunda y los puños en las mangas. Cuando un extraño ó un amigo hace una visita, saluda á todos los miembros de la familia en particular, designándoles por su nombre, sin exceptuar á nadie, salvo los niños de pecho. Puedo aseguraros que han observado conmigo una urbanidad y miramientos ejemplares.

El 2 de Noviembre nos pusimos en camino para Tsung-ba-miao, atravesando Huei-hien y Leang-tang-hien. Esta última ciudad, asimismo cabeza de distrito, está situada á 90 *lis* al Este de Huei-hien, y Tsung-ba-miao á 70 *lis* al Sudoeste de Leang-tang. Como advertiréis no tomé el camino más corto, y esto por dos motivos. Primeramente hubiera tenido que atravesar montes ex-





Gravé chez L. Wulven, R. de l'Abbé de l'Épée, &c.

Imprimé chez L. Wulven, R. de l'Abbé de l'Épée, &c.

Isla de Formosa en China. (Pág. 391).



cesivamente escarpados, y luego queria mostrarme públicamente en las sobredichas ciudades para inspirar algun valor á los cristianos, pobres infelices un tanto demoralizados á causa de ciertas circunstancias que referiré luego.

Tsung-ba-miao toma su nombre de una pagoda situada en la cumbre de una elevadísima montaña, habiendo dos familias cristianas establecidas en gargantas casi inaccesibles. Allí hay catorce almas de buena voluntad: sólo el abuelo fué bautizado solemnemente; los demás han sido regenerados por otros cristianos, unos con motivo de enfermedad y cuatro á consecuencia del miedo que experimentaron durante el terremoto de 1.º de Julio del año precedente. Este terrible fenómeno conmovió los montes hasta sus fundamentos, y créese que están sepultadas más de mil personas entre las ruinas de Kiai-tcheu. Los daños sufridos en los alrededores de Tsung-ba-miao no son tan considerables: hay algunas casas en ruinas y muchas paredes cuarteadas, pero felizmente no tuvo que lamentarse una sola víctima. Allí permanecí seis dias, y partí para Kuan-kia-ia-ho el 12 de Noviembre, despues de administrar el santo Bautismo á ocho personas y suplido las ceremonias para las restantes.

Kuan-kia-ia-ho está situada á 35 *lis* Sudeste de Tsung-ba-miao, y en sus cercanías existen unos 50 cristianos, resto de un grupo de 150 catecúmenos, cuya mayor parte volvió al paganismo á causa de una persecucion. Hé aquí algunos detalles acerca este deplorable asunto. Diez años há próximamente, ciertos habitantes de Kuan-kia-ia-ho fuéron á adquirir nociones de Cristianismo en casa de Wang-wan-jin, de quien hemos hablado. La semilla cayó en buena tierra, pues gran número de jefes de familia, pertenecientes todos á la secta de los ayunadores, partieron para Han-tsung, en el Chen-si, en donde residia un misionero, y se hicieron admitir como catecúmenos. A invitacion suya el sacerdote pasó algunos dias en Kuan-kia-ia-ho.

Mas sucedió que por aquella época el Gobierno publicó un decreto por el cual ordenaba á los mandarines que vigilasen las diferentes sectas religiosas, y extirpasen las que ofreciesen algun peligro. Cierta mandarin, desterrada del Su-tchuen por haber perseguido á los cristianos, para vengarse encarceló á dos de éstos en Tchin-tcheu, á quienes obligó, á fuerza de torturas y amenazándoles de muerte, á que pisoteasen la cruz. Los infelices flaquearon: uno de los apóstatas murió poco despues, y el otro lleva una vida desarreglada en una granja que le dió el mandarin como premio de su traicion.

Estos malos ejemplos tuvieron tristes consecuencias. Más de la mitad de los catecúmenos de Kuan-kia-ia-ho, por otra parte apenas instruidos, no perseveraron en sus buenas disposiciones, y muchos paganos que mostraban los mejores deseos fueron contenidos por temor. Los que permanecieron fieles me han confesado, derramando lágrimas, que apenas se atrevian á reunirse de vez en cuando para las oraciones, y que en más de una ocasion se habian visto obligados á declararse paganos, cumpliendo por lo demás tan exactamente como les era posible los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Ya comprenderéis cuánto ha consolado y fortalecido mi visita á esos pobres infelices. Hemos celebrado públi-

camente y con solemnidad los divinos oficios, cantándose las oraciones con irresistible entusiasmo. No sólo abrigo la confianza de que perseverarán los que han permanecido fieles, sí que tambien tengo motivos para esperar el regreso de los tráfugas.

Hay excelentes augurios, y todas las miradas están fijas en nosotros. Es de todo punto indispensable que se trate sériamente de las medidas que podrían tomarse para subvenir á las necesidades espirituales de esos pobres abandonados. La presencia de los ministros anglicanos en Tchin-tcheu, la esperanza de los cristianos de vernos establecidos entre ellos, los mismos obstáculos que el Gobierno parece quiere suscitarlos, son otros tantos motivos que no nos permiten dilaciones.

Como los mandarines que encendieron la persecucion en Tchin-tcheu han fallecido ó están destituidos, y como por otra parte, segun todas las probabilidades, sólo obraron por órdenes emanadas de la superioridad, no he juzgado útil entablar por ahora reclamaciones acerca el particular, con tanto mayor motivo cuanto se presentarán necesariamente más tarde bastantes ocasiones para tratar ese asunto ante las autoridades competentes.

Partí de Kuan-kia-ia-ho, despues de pasar en ella quince dias.

Tras nuevas investigaciones hemos acabado por descubrir otra cristiandad, compuesta próximamente de 30 miembros, en Mo-tie-keu, en el distrito de Wu-tsai, á tres dias de camino al Nordeste de Leang-tang. Esos cristianos son emigrantes del Su-tchuen y del Chen-si, que han venido á establecerse en los montes del Kan-su, porque en esta provincia puede alquilarse á más módico precio terreno suficiente para procurarse honrada subsistencia. Hay todo lo más 200 *lis* de esta cristiandad á Han-tchung, residencia más próxima al Chen-si. El viaje de Leang-tang á Han-tchung puede hacerse en cuatro dias.

Habiendo terminado la Mision en Mo-tie-keu el 8 de Diciembre, partí para Lan-tcheu, á donde llegué, gracias al Señor, el 17 en perfecto estado de salud, y en donde el querido compañero Rdo. Van Ostade me recibió tan cordialmente, que olvidé durante algunas horas que nos encontrábamos aquí perdidos en el interior del Asia *super flumina Babylonis*.

## INDOSTAN.

*Carta del P. J. Le Halle, de la Compañía de Jesús.*

Bombay, 2 de Junio de 1881.

Quiero hablaros hoy de la casa para los niños abandonados, empezada por el Ilmo. Meurin. El número de huérfanos va siempre en aumento, pero no así nuestros recursos. Algunos casos pondrán de manifiesto la importancia de esta obra.

Al entrar en la casa cierta mañana, la Hermana me dijo:

— Padre, tendrá V. un bautismo despues de la misa.

— ¡Cómo es eso! exclamé sorprendido, pues salí yo de la casa la víspera al anocheecer.

— Esta noche, continuó la Hermana, Dios nos ha enviado un niño. Encontrado por los agentes de policía, lo llevaron al hospital, mas allí felizmente rehusaron ad-



mitirle por no estar enfermo, y así se nos ha hecho presente de él. El infantito al parecer tiene muy buena salud corporal; apresúrese, pues, Padre, á darle la vida y la salud del alma.

Estaba todavía hablando la Hermana, cuando un niño, con ese paso grave tan comun á los pueblos de Oriente, vino á quejarse de haber sido insultado por los demás niños. Poco tiempo antes habíasele encontrado en las calles en el más completo abandono. Ingresado en nuestra casa, aprendió las oraciones y recibió el bautismo con muestras del mayor gozo.

—Díme, amiguito, le dije, ¿qué te han hecho?

—Siempre me llaman *Rama* (nombre pagano), y ya recibí el Bautismo; soy un gran señor, y me llamo Juan Bautista.

Hablando aún, paso adelante y encuéntrome en medio de gran número de niños de rostros pálidos y lívidos, sufriendo diversas enfermedades. El gozo y la paz que se retratan en sus semblantes tienen algo de conmovedor. Estos pequeñuelos son la cosecha que hemos recogido despues del hambre. Las miserias que tuvieron que sufrir han gastado sus fuerzas y quebrantado su salud, de suerte que están continuamente agobiados de dolencias desconocidas aún en Europa, y que á despecho del arte de los médicos y de los desvelos de las Hermanas ocasionan una muerte prematura. Los niños comprenden muy bien que deben morir en breve, pues ven su número disminuir de día en día; mas esto no les impone. Como esta vida no les ha dado sino miserias y rudas pruebas, no temen gran cosa perderla. En cambio la otra vida les promete la recompensa; allí estarán con Jesús y con los Angeles. Asombra oírles decir con frecuencia á la Hermana que les enseña oraciones y les habla del cielo:

—¡Hermana, tengo que ir al cielo! (*Am mankta as-manko janeko*).

Pronuncian estas palabras con una especie de santa impaciencia, como si quisiesen por fin obtener permiso para volar hácia Dios. ¡Dichosos niños, que, en edad todavía tierna y antes que hubiesen podido pecar, han sufrido ya mucho y serán en breve recompensados!

En nuestra casa no sólo se salva á los niños de la muerte del cuerpo, si que tambien, y con no menor frecuencia, de la muerte del alma, como lo demuestra entre otros el siguiente ejemplo, en el cual se ve bien la gran bondad del Señor para con dos tiernas niñas.

Ganji y Kisni eran dos hermanas, cuyos padres moraban en un pueblo pagano del interior del país. La primera habia sido prometida en matrimonio cuando apenas contaba cinco ó seis años, segun costumbre entre los paganos; mas la segunda, no habiendo encontrado marido, fué vendida por su madre á una mujer que queria prostituir á la niña para hacer su negocio. Tardaron poco en morir los padres, y ya nadie hubo que tuviera el menor cuidado de Ganji. Cierta dia una vieja que pasaba por el pueblo, viéndola tan bella le preguntó por sus padres. Al saber que eran muertos afectó gran compasion, y con caricias y promesas logró persuadirla que la siguiese á Bombay. Apenas llegaron aquí despojó á la niña de sus brazaletes de plata, que constituian toda su herencia; pero antes que pudiese poner por obra sus infernales designios, empezó á interrogarla un agente de

policía, quien así que descubrió la verdad condujo la vieja á la cárcel y la niña á nuestra casa.

Durante este tiempo Kisni recorria lugares y villas con la persona que la habia comprado, y vino por último á fijar su residencia en Bombay, ciudad en donde se paga mejor el crimen. Empero esta vez fué tambien un agente de policía quien salvó á la inocente y la condujo á nuestra casa.

¡Qué lágrimas de gozo vertieron las dos hermanas al verse reunidas! ¡Cuántas acciones de gracias han tributado ya á Dios bondadoso por haberlas salvado y concedido la gracia del Bautismo!

Seria prolijo referir los numerosos casos en que se nos han traído niños recién nacidos y abandonados. Casi todos mueren á los pocos dias, y cerca del trono del Eterno imploran la divina misericordia para sus padres y compatriotas. ¿Podrían olvidar á sus bienhechores?

Terminaré refiriendoos el caso de una pagana á quien Dios ha conducido á la verdad por un singular rodeo. Habia vivido entre los protestantes, y recibió con el Bautismo cierto colorido de religion. Pero no es á los ministros á quienes Nuestro Señor ordenó que fuésen á predicar su Evangelio por todo el mundo. Dicha mujer bautizada, pues, volvía, ó más bien dicho permanecía hindua, y no queria oír hablar de Cristianismo, aunque servia en nuestro huerfanato. Mas tenia un niño á quien amaba tiernamente, y que cierto dia, á consecuencia de una caída, sufrió una deslomadura. Para la madre en su pobreza fué esto una prueba durísima. La necesidad de una triste separacion fué inevitable. Entonces vino á ofrecerlo á las Hermanas, que lo acogieron gozosas. Ella no queria salario; sólo pensaba en salvar la vida de su hijo. La caridad de las Hermanas y los cuidados que prodigaban al niño conmovieron por fin el corazon de la madre, quien pidió ser instruida en nuestra santa religion.

#### *Carta del Rdo. J. Baldeyrou, misionero de Coimbatour.*

Coimbatour, 21 de Julio de 1881.

Los cristianos del valle de Palghaut, parte occidental de la Mision de Coimbatour, celebran sus fiestas patronales con una solemnidad que no carece de edificacion, aún para un europeo. Por los siguientes detalles podréis formaros una idea de las mismas.

Aquí, como en Francia en la fiesta patronal, los parientes y los amigos, dispersos en diferentes poblaciones, se visitan para estrechar en fraternales banquetes los lazos que les unen. Nuestros amados hindos, cuya vida civil se extiende poco más allá de sus respectivas localidades; que tienen el sentimiento religioso felizmente muy desarrollado, y hacen del pórtico de la iglesia su municipio y su palacio de justicia, ven en esta fiesta el principal acontecimiento del año. Así los *paltu-pers* (jefes de familia) se imponen una cuota para cubrir los gastos de ellas. ¡Desdichado quien quisiera sustraerse á la ley comun! incurriría en la cólera de la casta, y no volvería á estar en gracia antes de haber satisfecho el último óbolo.

Los dias que preceden reciben los fieles los santos Sacramentos y se les dan algunos ejercicios. Al rededor de la iglesia hay grande animacion: unos trabajan en el



*pandei*, largo cobertizo de ramas de cocotero á la entrada del edificio; otros adornan los *ter* (altares portátiles); aquí córtanse bambúes, y más allá se ocupan en la fabricación de pólvora. Llegada la noche, vélese en torno del poeta que canta la vida de san Francisco Javier ó las maravillosas estrofas del *Tembarani*, que el ilustre jesuita Beschi compuso en honor de san José.

Llegado el ansiado día, innumerables detonaciones saludan su aurora, conmoviendo todos los ecos de las cercanías. Los misioneros de los distritos vecinos acuden á la fiesta. Celébrase misa cantada con la mayor solemnidad posible; á los himnos litúrgicos sucede algun bello cántico *tamul*, y los tambores baten á la puerta de la iglesia. A la elevación los monaguillos, con una mecha entre los dedos y un poco de incienso en polvo en el hueco de la mano, hacen subir á lo alto los perfumes, símbolo de la unión de los asistentes con la augusta Victoria que se inmola en sacrificio de agradable olor. Después del último Evangelio hácese una homilía acerca las virtudes del santo Patron.

Nadie creería cuán consolador es para un misionero, cotidiano testigo de la depravación general, una misa celebrada en una asamblea de más de mil cristianos, verdadero oasis en medio de un desierto en donde reinan las sombras de la muerte. El encanto es todavía mayor si se festeja, como no es raro, á aquel que fué apóstol de las Indias, y cuyo glorioso cuerpo descansa en un extremo de la península, desafiando la corrupción del sepulcro.

Durante el día los cristianos vienen á cumplir sus devociones al santo Protector y depositar una ofrenda. Algunos, para obtener un favor especial, organizan al rededor de la iglesia una pequeña procesión presidida por el sacerdote; otros hacen el trayecto de rodillas.

Ciertos juegos les complacen sobremanera: el columpio de cuatro sillas ó cunas, que gira como un torno; la esgrima con palo, y una especie de corrillo cantado, en que unos veinte jóvenes se encorvan y levantan simultáneamente, palmoteando tres veces. En cierto lugar un pagano viene todos los años á dar una representación cómica: imita muy bien el grito de los animales, y remeda las originalidades de algunas castas y á la pobre vieja indiana, cuyo *jappa!* exclamativo es tan interesante.

Por la tarde bendícese el mástil, que se planta con gran pompa delante de la iglesia. Es un bambú elevadísimo que deja flotar una bandera coronada de verdor y que termina en una cruz. Después de la bendición con el santísimo Sacramento, el misionero del *pangu* (distrito) recorre, precedido de la música, el camino que debe seguir la procesión nocturna para asegurarse de su buen estado. Al anochecer los tamborileros dan principio á sus serenatas. Golpean su caja, medianamente sonora, durante horas enteras, hasta el punto de que parezca increíble que puedan soportar sus brazos tanta fatiga. De sus golpes y redobles resulta cierto ritmo que no es del todo desagradable al oído. El jefe de orquesta los dirige al són de su címbalo y por ciertos movimientos de la cabeza y del cuerpo. Los cristianos pasan la mitad de la noche escuchando esta música ó los cantos de Beschi. Entre tanto los misioneros, apiñados bajo un techo de hojas de palmera, cuando no en la iglesia, procuran cer-

rar sus oídos á la armonía, para conciliar un poco el sueño hasta el comienzo de la procesión.

De dos á tres de la madrugada los jefes del pueblo se dirigen á la rectoría. No tienen necesidad de llamar á la puerta: el ruido que les acompaña basta ordinariamente para despertar á los que duermen. El principal de ellos hace una profunda inclinación y deposita á los pies del Cura el presente de costumbre: *arec* (1), *betel* (2), bananas y dos piezas de plata, colocado todo en una hortera. Entran en la iglesia con gran ceremonia. El celebrante incienso las Imágenes, las toma del altar, y va á colocarlas en sus respectivos pabellones, alineados delante del templo. Esos pabellones, de madera pintada y dorada, adornados de flores y de ciertas telas que nuestros campesinos encuentran muy bonitas, abiertos á los cuatro vientos, y coronados de una cupulita ó de una armazón de forma piramidal, son portátiles y no transportados en carros, como se acostumbra en las procesiones paganas. Esta clase de vehículos, que he visto en las calles de Coimbatour, consisten en ruedas llenas, sin llantas ni rayos, unidas por un madero que sirve de eje, soportando un enorme pedestal, á veces de cincuenta pies de alto, formado de planchas en las que están esculpidas las figuras más obscenas. Innumerables idólatras los tiran por medio de cuerdas ó cadenas de hierro, paseando así sus dioses en medio de tal desorden físico y moral, que el P. Dubois dice en su apreciable obra sobre las costumbres de los hindús: «Nunca he visto una procesión hindúa que no trajera á mi memoria la imagen del infierno.» Estas pesadas máquinas no pueden figurar en nuestras fiestas sin que tuvieran mucha semejanza con las de los idólatras. Así es que los primeros misioneros de Coimbatour esforzaronse por impedir su uso, y uno de ellos, el P. Pajeau, lo consiguió con un golpe de audacia. A riesgo de excitar vivo descontento, abatió por sí mismo, hacha en mano, el *ter* de ruedas de una grande iglesia de la Mision. Desde entonces ningún carro ha transportado las imágenes de nuestros Santos, por más que ciertos cristianos hayan procurado rehabilitarlo. Si en algunas Misiones está todavía en uso el *ter* de ruedas, ha sido modificado y no presenta sino emblemas cristianos.

Hecha esta digresión, prosigo mi relato. Cuando dichas Imágenes, ó las que fueren, están sólidamente colocadas, el sacerdote hisopea esa especie de santuario movable, incienso de nuevo, y luego hombres robustos levantan las varas, por grupos de veinte, treinta ó cuarenta, según son más ó menos pesados, y la procesión se pone en marcha en medio de hachones formados con gruesos trapos de tela empapados en aceite, cuyas pálidas luces contrastan con el vivo resplandor de los fuegos de bengala, que brillan á ciertas distancias. Tras el *ter* vienen el celebrante bajo palio, los misioneros y los sacerdotes indígenas, vistiendo ancho ropaje blanco y llevando cubierta la cabeza con un bonete color de escarlata. Al rededor de la Imagen flotan muchos pabellones, sujetos á manera de insignias á bambúes que llevan los niños. La cruz, las oriflomas y las músicas van delante. Los cristianos de aquí, que no conocen el desfile en doble hilera, acompañan en confusión, unos rezando ora-

(1) Fruta de un árbol de las Indias.

(2) Planta que se cria en la India, cuyas hojas mascan los naturales.



ciones y otros distraídos con lo que se ofrece á sus ojos. Estos últimos no son del todo vituperables, pues entonces es verdaderamente difícil el recogimiento de la oración, aún de la vocal. Mientras que al estampido de los morteretes se mezclan el redoble de los tambores y los acentos gangosos de los cantos tamules, los productos de la pirotécnica india brillan en todos sentidos y bajo todas formas, ora retorciéndose en espirales convulsivas por el suelo, ora estallando en los aires en bombas fosforescentes, de las que salen ramilletes de flores de todos matices, ora surcando la atmósfera con el curso de su estridente cabellera, ora, por fin, saltando en soles ó en surtidores de fuego.

Una sombría y exuberante verdura, que ya no dora el sol de Oriente; cocoteros que apenas tocan la tierra y parece remontan el vuelo, tanto es lo que su follaje imita el ala desplegada de las aves; palmeras coronadas de abanicos; tamarindos de finas aristas; bananos cargados de racimos, osténtanse al reflejo de todas esas luces y adornan magníficamente la marcha de nuestros Santos.

Sin aprovecharse de la libertad de dormir, y mucho menos de la de pensar, los paganos nos contemplan sentados en troncos, y algunos parecen asociarse cordialmente al gozo de los cristianos arrojando *pori* (confites indios) sobre la multitud.

La procesion sigue su curso con una lentitud que desespera á todo el que no es de este país. El programa de la fiesta ordena hacer poco camino en mucho tiempo. Por fin acércase al punto de partida, y antes de llegar hácese una pausa para dar tiempo á una representacion interesante.

En Saveriarpollium consiste ésta en una discusion sobre la Religion entre san Francisco Javier y un brahma, ambos en pié en dos opuestos estrados. El Apóstol tiene en sus manos una cruz. El pagano sostiene un abanico de plumas de pavo real: su afeitada cabeza sólo tiene un mechón de cabellos en la coronilla; su frente está manchada con el infame *nahmam*, y su rostro cubierto de pasta de madera de sándalo; ricos bucles caen sobre su cuello, y cubre sus hombros un largo velo. Escucha las exhortaciones del Santo, opone sus objeciones y concluye por adorar la cruz.

En Palghaut algunos jóvenes, vestidos como en las comedias, cantan el martirio de san Sebastian.

En Eritchambady una galeria, construida entre las ramas de un árbol elevado y frondoso, figura la celestial Jerusalem, en la que se oyen cánticos cuando pasa la procesion, y de repente un niño, vestido de seda color de fuego y adornado de dos alas doradas, deslízase á lo largo de un cable, viene á saludar con un himno á san Pablo y á la Iglesia militante, y vuela de nuevo hácia las alturas.

Terminadas tales escenas, la procesion se dirige á la iglesia. Los niños depositan sus pabellones, y todo el mundo se precipita para arrebatar sus flores. Las miradas detiénense algunos momentos en un gran fuego de artificio que corona todos los demás, y luego empiezan las misas. Poco tarda en aparecer el alba con su blanco resplandor, y pone fin á la fiesta. Los jóvenes se van, unos al trabajo y otros al descanso; todos alegres y contentos.

## ABISINIA.

*Carta del P. Coulbeaux, lazarista.*

Acrur, 20 de Diciembre de 1880.

Voy á daros algunos detalles acerca nuestra Mision de Acrur, en donde trabajo con un jóven compañero, el Rdo. Jougia. Varias conversiones inesperadas nos han regocijado recientemente.

El 4 de Noviembre hemos celebrado la fiesta parroquial del *Medhanié-Alem* (Salvador del mundo).

Desde la vispera, á la hora en que el sol se inclina tras los enebros que cubren las cimas del Saganeijti, advertíase en todo el pueblo inusitado movimiento.

Se habia inaugurado la fiesta. De cada casa alguna jovencita, cargada con una cuba, llevaba la cerveza de costumbre, y el architriclinario la recibia y guardaba en grandes urnas de tierra, una de las cuales podia contener 250 y la otra 400 litros. Luego nos trajeron un centenar de panes. En carne, pan y cerveza consistió el banquete servido al clero convocado para la solemnidad, el que comprendia unos veinte eclesiásticos.

Entre tanto gran multitud de gente interceptaba los alrededores del templo, y arrodillábase por turno á los piés de los sacerdotes agachados, á ciertas distancias, á lo largo de los muros exteriores, ofreciendo casi el espectáculo de las confesiones públicas de los primitivos tiempos de la Iglesia.

Pronto la oscuridad puso fin á esa animacion del templo y de la plaza. Entonces el clero colocóse en torno de las mesas, provistas á semejanza de las mesas de proposicion del Templo. Sirvióse en los tradicionales platos-marmitas de barro negro el único manjar de carne tajada y fuertemente condimentada. Luego distribuyéronse copas que desbordaban de cerveza y aguamiel.

Después de la oracion en comun, cada cual se arregló una cama en los patios de la casa en donde el pavimento estaba libre: algunas pieles de vaca extendidas componian todo el lecho, que, por lo demás, es el único allí en uso.

A las tres de la madrugada el tambor, dominando las voces y mezclado al canto ronco de nuestros gallos, anunció á la villa la continuacion del segundo acto de la fiesta parroquial. Era viernes, día en que los etíopes añaden rigurosamente el ayuno á la abstinencia de carne, y siendo á sus ojos la celebracion matutina de los santos misterios una infraccion del ayuno, no se empezó el santo Sacrificio hasta el medio día, circunstancia que prolongó mucho nuestras ceremonias.

El toque del *Angelus* habia reunido desde las cinco y media casi toda la poblacion de Acrur en la nave de nuestra iglesia.

Llegó la hora de las pompas más solemnes. Dos sacerdotes y cinco ó seis diáconos, revestidos con nuestras más bellas capas, salieron del santuario. Corriéndose la cortina, dejó ver á dos diáconos con dos tablas, representando una al Salvador del mundo en la cruz, y la otra á su santísima Madre.

Escoltábanles dos acólitos y precedia la cruz, blason escogido por Acrur. Los sacerdotes oficiantes balanceaban en torno de las santas Imágenes sus abrasados incensarios. Esta organizacion no ofrecia un orden perfecto, pues los abisinios desconocen los alineamientos acostumbrados de nuestras ceremonias.



Cuando apareció el cortejo fuera de la gran cortina que separa el atrio del Santo de los Santos, el cuerpo de cantores colocóse en frente, ejecutando con nueva animación sus cantos y danzas, que recuerdan las de David delante del Arca de la alianza en su triunfal entrada en Sion. *Saltabat totis viribus ante Dominum, et ducebant arcam in jubilo, et in clangore.*

La procesion, desfilando al rededor de la iglesia en un desórden que era un efecto del arte abisinio, hizo estación en los cuatro frentes laterales; y entonces el coro, en medio de todo el pueblo acuriano, se adelantaba y retrocedía, ejecutando movimientos que imitaban las ondulaciones de la miés al soplo del céfiro.

De regreso á la iglesia empezóse la santa Misa, que fué más larga que de [costumbre á causa de la solemnidad del día: sin embargo, todos los asistentes permanecieron

en pié hasta el fin, y más de cien personas se acercaron á la sagrada Mesa. Dirigi á los fieles algunas palabras de felicitación y aliento, terminando todas las ceremonias la bendición del celebrante.

De la iglesia se pasó al patio, en que había las grandes urnas llenas de cerveza como la víspera, y cestos de pan. Entonces renovóse el espectáculo de aquellas comidas evangélicas de la multitud sentada sobre el césped despues de oír las lecciones del divino Maestro. Luego dispersóse la gente y cada cual volvió á su vida ordinaria.

El fruto apreciable es la esperanza que esta fiesta nos hace concebir. El edificante espectáculo que han ofrecido los comulgantes, casi todos recién convertidos, ha producido acrecentamiento de devoción en otras familias.

El 27 de Noviembre, con motivo del jubileo en honor



FORMOSA (China).—Grupo de naturales de Ban-kim-cheng. (Pág. 393).

de la aparición de María Inmaculada á Sor Laboure y de la indulgencia plenaria, hemos renovado dichas solemnidades, y el más crecido número de los que recibieron el Pan de los Angeles atestigua nuevos progresos de la gracia en este pueblo.

## NATAL

(ÁFRICA MERIDIONAL).

*Carta del Rdo. P. Porte, oblató de María Inmaculada.*

Santa Mónica (Basutoland), 8 de Mayo de 1881.

No es ya en el palacio episcopal de Pietermaritzburg que os escribo las presentes líneas, sino en el oscuro recinto de una choza cafre.

He atravesado toda la colonia. A excepcion de Durban y Maritzburg y de algunas, muy pocas granjas, el país ha sido abandonado por los indígenas. Por el camino encuéntranse á cada paso los innumerables vehículos que el Gobierno inglés ha tomado á su sueldo para aprovisionar su ejército, acampado en las fronteras del Transvaal. Varias veces la caravana se extasia ante los maravillosos efectos del espejismo; yo voy siempre á retaguardia con un caballero católico, y confieso que nada he visto de todo eso. En las fronteras de Natal levántase la célebre cordillera del Draken-Berg: ascendimos á ella, y, como todos los viajeros, hemos podido convencernos de que en la vertiente opuesta el aire es más vivo que en Natal.

Despues de un largo viaje en el Free State nos en-



contrámos entre los negros del Basutoland. A orillas del Caledon, que separa esos dos países, un centinela cafre guardaba el paso; presentámos nuestro título, y los «romanos» pudieron atravesar el río sanos y salvos. Los «romanos» son conocidos, respetados y queridos en muchos lugares del Basutoland.

Santa Mónica sólo dista cuarenta y cinco minutos de la frontera. La Mision se halla establecida sobre una inmensa meseta. Frescas y limpidas fuentes saltan con abundancia de los huecos de la roca, y la cruz de la residencia domina á lo lejos todo el país. Nuestra capilla de ladrillos cocidos es magnífica: el P. Cretinon la pintó y decoró durante su breve permanencia en este lugar. Las Hermanas tienen un edificio regular para su habitación y sus escuelas. Respecto á nosotros, nos albergamos en chozas cafres. La en que os escribo es redonda y de unos tres metros de diámetro: la puerta tiene 80 centímetros de alto, y las dos ventanas 20. A pesar de ser tan exiguo el local, lo comparto aún con un compañero. Tenemos el lugar preciso para acostarnos y escribir. *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*

Aquí, como en el Tibet, el apostolado es ingrato y difícil. Según mi venerable compañero el P. Gerard, apóstol de los cafres veinte y cinco años há, el misionero no es con frecuencia sino un *signum fidei*, y más parece enviado para testificar la fe que para convertir. En nuestras Misiones no se requiere entusiasmo ni celo natural, pues nada hay brillante ni se ofrecen consuelos humanos; necesítase, sí, celo sobrenatural, amor de las almas, paciencia y santidad. Todos convienen aquí en que el Padre Gerard es un verdadero santo. Los cafres con frecuencia le han llenado de amargura; pues bien, á pesar de todo los ama, les da todo lo que tiene, nunca se desalienta, y llora sin cesar á los piés de Nuestra Señora por la conversión de esos innumerables infieles. ¡A buena escuela me ha enviado mi señor Obispo!

La Mision sólo cuenta cuatro años de existencia: los neófitos y los catecúmenos son poco numerosos; mas el porvenir está lleno de esperanza. Sin la guerra tendríamos relaciones más frecuentes con los indígenas; pero como estamos en la frontera, los combatientes pasan y repasan sin cesar: desde la Mision oyese la fusilería y se ven los dos campos. Los basutos nos aman, y no nos causan el menor daño. Todos los que atraviesan nuestra población vienen á estrecharnos la mano para darnos el saludo de costumbre: *Lumela, Morena!* (¡Salud, jefe!) Dignaós orar por esta pobre nación á fin de que concluya la guerra y de que los basutos, bien dispuestos para con los «romanos», abran cada vez más los ojos á la luz de la fe.

¡Cuánto gimo viendo tantas almas dispuestas á escuchar la voz de Dios, y tan pocos misioneros para anunciarles la buena nueva! En diversas naciones por algunos fieles abundan los sacerdotes, mientras aquí considerables masas de paganos no tienen siquiera un catequista.

Por difícil que sea el apostolado entre los cafres, no flaquea nuestro ánimo; todos queremos á esos infelices, y rivalizamos en celo en el trabajo de su conversión. Así el Dueño de la miés ha bendecido ya los esfuerzos de nuestros Padres. Recientemente encontrábame en *Motsiwa-mma-Jesus* (villa de la Madre de Jesús), nuestra Mi-

sion central en el Basutoland. En este valle nuestros Padres han convertido en veinte años mil indígenas, y fundado una Mision que excita general asombro. En un magnífico convento unas diez Hermanas de la Sagrada Familia, de Burdeos, trabajan en la educación de las niñas. El día de mi llegada las jóvenes discípulas me obsequiaron con un concierto. ¡Cuánta fué mi sorpresa oyendo á las negritas expresarse en la lengua de mi país! En ella nos ofrecieron ramilletes de flores, nos manifestaron su gozo y afecto, y nos agradecieron los sacrificios que habíamos hecho abandonando patria, parientes y amigos para venir á convertirlas y civilizarlas. No pude contener mis lágrimas viendo lo que la Religión ha hecho ya aquí. Estoy lleno de admiración. ¡Ojalá nos conceda el cielo en Santa Mónica escuelas numerosas y florecientes!

En el convento de las Hermanas se educan cincuenta niñas cafres, y los niños, en igual número próximamente, no les son inferiores bajo el punto de vista del comportamiento y de la aplicación. ¡Cuán hermoso es, durante el Mes de María, oír esas voces infantiles cantando á tan buena Madre los cánticos de nuestra patria! Uno créese entonces transportado á los célebres santuarios de Europa.

Dulce es también para el Oblato ver como el saludo fraternal de su Congregación pasa á ser común entre los negros convertidos. Cuando encuentran ó se dirigen al sacerdote, nuestros neófitos nunca emplean el *Lumela* (Salud) de los paganos, sino el *Hurorisweng Jesu Christe* (Alabado sea Jesucristo), al cual se responde: *Li Maria a si mang li ihelé* (Y María Inmaculada). Decir *Lumela* á un cristiano sería ultrajarle. Fácil es, por lo demás, saber qué saludo debe emplearse; pues los paganos van ligeramente vestidos y muy cargados de amuletos, de perlas y otros adornos frívolos, mientras que nuestros fieles visten modestamente, y todos traen pendiente al cuello una medalla y los rosarios.

No obstante, las mujeres católicas y hasta nuestras Hermanas indígenas conservarán toda su vida las señales del paganismo: tales son las incisiones y los *tatuages* indelebles con que tienen adornado, ó más bien dicho afeado, el rostro casi todas las mujeres del Basutoland. A su nacimiento se traza en el rostro de los niños, con puntas ó fuertes alfileres, tres líneas azuladas, de la oreja izquierda á la derecha, pasando por la boca, la nariz y la barba: á veces una cuarta línea corre á lo largo de la nariz y prolóngase sobre la frente, cortando así las otras en partes iguales. Esto es todo lo que resta á los convertidos de sus costumbres paganas. Las perlas, los brazaletes, los botones de oro sobre la barba, las plumas en la cabellera, los amuletos al rededor del cuello, las incisiones en el pecho y brazos, la ornamentación de las orejas y de la nariz, todo eso les está formalmente prohibido. Ni siquiera la choza deja de sufrir modificaciones entre los cristianos. Una vez convertidos abandonan por lo común su cabaña redonda y ahumada para construirse casitas cuadradas, menos oscuras y más á la europea. No obstante, nada hay prescrito acerca de esto, pues las habitaciones de los paganos son muy limpias y aún cómodas.

La puerta de esas chozas cafres es absolutamente como la de un horno de pan cocer, ni más ancha, ni más



alta. En el interior el orden es perfecto: ollas de barro, alfombras, despojos de animales, cestos de maíz, de *mabelé*, etc., todo está en su lugar. En el exterior la choza está rodeada de un patio espacioso, cerrado por una empalizada de cañas. En esto los basutos difieren un poco de los zulús de Natal, quienes á menudo dispénsanse del atrio y dejan la entrada abierta á todos los vientos. Los matables del Basutoland aún aventajan á los basutos en la construccion de la choza: además del patio practican muy comunmente un pórtico romano sobre la pequeña puerta de entrada, pórtico que, á mi parecer, reúne lo útil y lo agradable. Entre los basutos, como entre los zulús, se encierra el ganado por la noche en la *lisatra* (parque comun en el centro del pueblo).

Aquí las mujeres se ocupan en las faenas del campo, pero creo que son tratadas con menos dureza que en los demás países idólatras: los hombres son laboriosos; tejen cestos, hacen cuerdas de juncos, construyen chozas, labran los campos y ayudan á las mujeres en los trabajos penosos. En el *kraal* hay pocas hembras durante el día, pues todas van al campo á cuidar y coger el maíz y el *mabelé*. Al anochecer llega la alegre y bulliciosa banda, y el *kraal* recobra su animacion. Luego, comido el *porridge*, los cristianos se reúnen para la oracion de la tarde y el rezo del Rosario.

En nuestras diferentes Misiones hay fiestas generales para conservar el fervor de los fieles y atraer á los idólatras: tales son el bautismo de los adultos, las procesiones, el retiro espiritual, etc. Los paganos acuden siempre, y si bien lo más comun es que vengan con la esperanza de comer un buen bocado, sin embargo, casi siempre se vuelven convertidos en catecúmenos. El último domingo asistí á la fiesta de san Miguel: estoy encantado del buen comportamiento de nuestros neófitos, y puedo afirmar que en mil iglesias de Europa no se oyen cantos tan nutridos y armoniosos.

Permitidme que, al terminar, tribute acciones de gracias á todos nuestros bienhechores. Su recompensa será grande si Dios misericordioso escucha las oraciones de nuestros negros.

## CRÓNICA.

**Rumania.** — La *Independencia rumana* da cuenta de la audiencia concedida por los reyes Cárlos I é Isabel al clero católico de la capital y á los seminaristas, en junto cincuenta personas. El Ilmo. Paoli leyó á Sus Majestades un mensaje de felicitacion con motivo de su elevacion á la dignidad Real. El Rey contestó dando las gracias al clero y atestiguando que los sacerdotes católicos no cesan de derramar en torno suyo toda suerte de beneficios.

Del mismo periódico tomamos lo siguiente:

«El domingo de Pascua se celebró solemne misa pontifical en la parroquial iglesia de la Baratzia, en medio de un gran concurso de fieles. La presencia de S. M. Cárlos I contribuyó poderosamente á realzar el brillo de dicha solemnidad, á la cual asistían todos los representantes de las potencias católicas. A su llegada el nuevo Rey fué recibido en la puerta de la iglesia por el Ilmo. Paoli, quien á la cabeza de su clero condujo al Monarca al trono que se le habia dispuesto. El Prelado asistido de sus sacerdotes y de todos los seminaristas, ofició con toda la pompa que la Iglesia católica prescribe en la misa *coram rege*. Despues del santo Sacrificio y antes de entonar el *Te Deum* en accion de gracias, S. I. dirigió á Su Majestad una elocuente allocucion.

«Terminada la ceremonia, el Ilmo. Paoli acompañó á Su Majestad á su coche de gala. Los numerosos fieles que no habian podido pene-

trar en el lugar santo por su corta capacidad, esperan con ansia el día de la consagracion de la nueva catedral, que podrá contener miles de personas; día que confiamos vendrá pronto, gracias al generoso concurso de las almas caritativas.»

**Constantinopla.** — Una correspondencia de esta ciudad nos comunica las siguientes noticias sobre sucesos de interés para la comunión armenia.

El 7 de Julio tuvo efecto la eleccion y publicacion del nuevo patriarca de Cilicia. Echáronse á vuelo las campanas de las iglesias, y pronto la fausta nueva se propagó por la ciudad.

El día 9, fiesta del descubrimiento de las reliquias de san Gregorio Iluminador, la comunión armenio-católica se reunió en la basilica de San Salvador, en Galata. El objeto de esta reunion, en la que se contaban cerca de doscientos entre eclesiásticos y seglares bajo la presidencia del nuevo Patriarca, era firmar un *mabzer* (demanda) dirigido á la Sublime Puerta para que se concediese á Su Beatitud Estéban Pedro X Azarian el *berat* (decreto) de reconocimiento oficial. A la llegada de Ziver Bey, director de los Cultos, dióse lectura al *mabzer*, que obtuvo la aprobacion general de los concurrentes, y fué firmado en seguida. El nuevo Patriarca tomó entonces la palabra y desarrolló en breves palabras su programa: robustecer la fe católica en el seno de la comunión; inspirar siempre y en todas partes á los fieles adhesión absoluta al trono de S. M. I. el Sultan; propagar y desarrollar por todos los medios la instruccion literaria, científica y moral, así en Constantinopla como en las provincias, y en fin sostener las obras de caridad.

El día 17 fué celebrada con toda solemnidad la entronizacion del nuevo Patriarca en la basilica de San Salvador. Asistieron todos los arzobispos y obispos, y su decano el Ilmo. Nazarian cumplió los ritos de la consagracion patriarcal. Luego Su Beatitud cantó la misa pontifical, estando presente todo el clero secular y regular. Asistia á la ceremonia una muchedumbre que llegaba á cinco mil personas.

El día 26 el emperador Abd-ul-Hamid concedió audiencia solemne al Rmo. Azarian, acompañado de ocho obispos. El Sultan confirió al nuevo Patriarca el gran cordon del Medjidié, y la tercera clase de la misma Orden á tres obispos y á dos notables que no lo tenían. En seguida se verificó la visita á los ministros y altos funcionarios. Regresóse procesionalmente á la catedral de Santa María, en Pera, y se rezaron acciones de gracias.

El 4 de Agosto hubo en Pera asamblea nacional de los armenio-católicos, y se nombró una comision compuesta de diez y ocho miembros para proceder á la eleccion del Consejo seglar administrativo y del Consejo encargado de preparar el reglamento orgánico de la comunión. El Patriarca propuso la fundacion de un Liceo armenio-católico para la segunda enseñanza y la superior. Esta proposicion fué acogida por los aplausos de toda la asamblea, como tambien otra de que se constituyera una asociacion que viniese en ayuda de las escuelas primarias de la capital y de las provincias.

**Agra (Indostan).** — El Ilmo. Jacopi, vicario apostólico, bendijo el 25 de Marzo una bella y espaciosa iglesia católica, la primera que se ha construido en Merwara, capital del Ajmere. El Ajmere, situado en el centro del Radjputana y rodeado de colinas y lagos magníficos, es sin duda una de las provincias más espléndidas y ricas del Indostan. Su posesion, largo tiempo disputada, dió lugar á sangrientos combates entre los musulmanes y los radjputas, y pertenece á Inglaterra desde 1818.

Volviendo de Merwara, el Ilmo. Jacopi se detuvo en Ulwar, hospedándose en la residencia del mayor Law. Habiendo sabido que el maha-rajah de Ulwar habia prometido un terreno y un generoso donativo para la capilla proyectada en dicha localidad, el Prelado le hizo una visita. El joven príncipe ha recibido una educacion muy esmerada y habla perfectamente el inglés: se interesa mucho por las obras católicas, y hace pocos años entregó 500 rupias (1,140 pesetas) para la capilla de Jeypore.

**Jaffna (Ceylan).** — El Ilmo. Bonjean ordenó presbíteros el 2 de Abril á dos jóvenes misioneros Oblatos de María Inmaculada: los PP. Julio Collin y Juan Rowley-Smith. En su elocuente allocucion el Prelado hizo notar que podian aplicarse á los dos ordenandos el pasaje de la Epístola de aquel día, donde se dice que «unos vendrán del Norte y otros del Mediodía para trabajar en la viña del Padre de familias.» Efectivamente, el P. Collin es oriundo de Irlanda, y el P. Rowley-Smith de Australia.

— El *Ceylan Times*, periódico protestante de mayor circulacion en



la isla de Ceylan, ha publicado un artículo muy notable que extractamos á continuación :

«Las diferentes comunidades religiosas nada perderían en acercarse mutuamente más y más para trabajar de comun acuerdo en aliviar los sufrimientos y dolores que experimenta nuestra pobre humanidad. En este noble trabajo, como bajo tantos otros aspectos, los católicos van á la delantera, frecuentemente ¿por qué no hemos de decirlo? con vergüenza de las otras sectas cristianas. Para quienquiera que resida en Ceylan es imposible ver lo que pasa á nuestro alrededor entre la población indígena sin sentirse lleno de admiración por los sacrificios de que nos dan ejemplo todos los días los ministros de la religión romana; ejemplo que nos consideraríamos felices en verlo más imitado por nuestros ministros protestantes.

«Ya se trate del sacrificio de sí mismo, ya de identificarse con los pueblos en medio de los cuales les ha conducido la Providencia, simpatizar con sus privaciones y sufrimientos, darles pruebas directas de benevolencia, los misioneros católicos aventajan infinitamente á todos los demás; mejor dicho: ellos solos responden á la idea que tenemos de los verdaderos apóstoles. Y ¿cuáles son entre nosotros los resultados de su vida de sacrificio? Un afecto inquebrantable del pueblo hacia ellos; y mientras sus discípulos se cuentan por decenas de miles, los secuaces del protestantismo apenas cuentan algunos centenares. Por otra parte, las obras de caridad han sido siempre el carácter propio de los católicos, el campo de batalla en el que más se han distinguido. Por ejemplo, en el Instituto de las Hermanas de la Caridad vemos á la primera ojeada lo que pueden y lo que constituye su gloria. Estas Hermanas se han desparramado hasta las extremidades del mundo para adelantar la obra á la que han consagrado su vida, á tal punto que por do quiera que se presenta una obra de caridad y de misericordia, allí las encontraréis para ejecutarla.

«Ultimamente lord Napier, antiguo gobernador de Madras, presidía en Edimburgo una reunión para venir en ayuda de una obra católica de caridad.

«—En el curso de una vida muy accidentada, decía S. E., he tenido muchas ocasiones de relacionarme con los miembros de congregaciones religiosas con motivo de obras de caridad, y en todas ocasiones no he podido ver sin admiración y á veces sin envidia la habilidad, la destreza, la jovialidad, al mismo tiempo que la firmeza con que los miembros de esas sociedades cumplían los deberes de la penosa tarea que se habían impuesto para la reforma y alivio de la humanidad corrompida y doliente. De todas las congregaciones religiosas la de las Hermanas de la Caridad es la más extendida, la mejor conocida, la más apreciada y la más popular. Su objeto especial es proteger la inocencia contra las influencias del vicio. Se han impuesto la tarea de oponer una barrera á los peligros que, sin ellas, vendrían á asaltar á muchas doncellas honradas en medio de su pobreza. Estas religiosas se han consagrado á los intereses más caros y más sagrados de nuestra patria; sus cuidados se dirigen con preferencia á los pobres de su religión, lo cual se comprende; pero nunca han negado sus servicios, cualquiera que haya sido la posición social ó la religión de los que imploraban su auxilio.—

«Continuando sus observaciones sobre el excelente Instituto de las Hermanas de la Caridad, lord Napier refería que hallándose en Constantinopla recibió el encargo de proveer á las necesidades de gran número de familias judías expulsadas de Crimea y desprovistas de las cosas necesarias á la vida. En esta coyuntura dirigióse á la Superiora de un convento de Constantinopla, y pidió dos Hermanas que al momento recibieron orden de seguirle. Eran éstas dos personas de eleva-

da educación y de gran inteligencia. Lord Napier era para ellas un extranjero, un desconocido, un protestante, y venía á implorar su ayuda en favor de judíos. Y, no obstante, aquellas dos mujeres hicieron sus preparativos de marcha y le siguieron á través de la lluvia sin la menor vacilación. Desde aquel momento los pobres fugitivos estaban salvados...»

**Pe-tche-ly Sudeste (China).** — El P. Leboucq, antiguo misionero de aquella región, en donde ha desempeñado un papel importante y hasta llenado las funciones de mandarin, ha traído del Celeste Imperio semillas de una planta leguminosa nombrada *bei-teu*, con la que los chinos sustituyen á la avena. El *bei-teu* da á los caballos fuerza, vigor en grado extraordinario y un pelo lustroso de bello aspecto. El P. Leboucq ha enviado á uno de sus amigos, el Sr. Faivre, banquero de Beaune, semillas y un manual del cultivo de esta planta, traducido por él del chino. El Sr. Faivre ha enviado semillas al ministro de Agricultura, y éste ha mostrado su satisfacción y agradecimiento. La Administración de los ómnibus de París recibió también algunas de dichas semillas, y ha querido conocer su composición química; demostrando el análisis que el *bei-teu* es tres veces más rico que la avena en materia proteica amilácea. Las semillas cultivadas por el Sr. Faivre

y sus amigos á quienes las repartió, darán este año una primera cosecha que indudablemente permitirá desarrollar el año próximo el cultivo de la preciosa importación del P. Leboucq.

**Argelia.** — El señor Arzobispo de Argel ha dirigido á la Academia de inscripciones y bellas letras una carta recordando las fructuosas investigaciones arqueológicas á que se han entregado los misioneros que sirven la capilla de San Luis de Cartago. Deseoso de que su patria se aproveche de ellas procurando su desarrollo, el Ilmo. Lavigerie pide á la Academia que le ayude en este proyecto. Expone á continuación los notables trabajos del P. Delattre, encargado de una manera especial de las investigaciones arqueológicas. Con los escasos recursos de que disponían los misioneros se ha formado un museo, en el que por espacio de cinco años el P. Delattre ha conseguido reunir 6,347 objetos, entre ellos un millar de vasos, lámparas y vasijas; 1,800 inscripciones latinas, 36 id. púnicas, 13 id. griegas y más de

2,000 monedas y medallas: éxito brillante, si se tiene en cuenta sobre todo la ruda competencia que hacen los extranjeros.

«Este resultado, añade el Ilmo. Lavigerie, débelo el P. Delattre á un secreto muy sencillo y en extremo honroso para que lo tenga oculto. Cierta número de objetos provienen de las excavaciones que practica el Padre, y la mayor parte se deben á su abnegación, constancia y caridad. Al establecer nuestros misioneros en San Luis, les confié dos obras principales: la instrucción de los niños que las familias cristianas ó musulmanas de la Regencia tunecina colocan en su colegio, y la asistencia á los pobres y á los enfermos. A esta última obra se dedica especialmente el P. Delattre. Los misioneros asisten gratuitamente á los enfermos. El P. Delattre les cuida con bondad y paciencia inalterables. Todos los árabes de las inmediaciones conocen y aman á su *tebib* (médico), como le llaman. Pues bien, esos mismos árabes, en su mayor parte labradores, cavan todos los días los campos, huertos y jardines que recubren la antigua Cartago; y como saben que el *tebib* sólo tiene en el mundo dos pasiones, la de la caridad y la de los *k'tiba* (inscripciones, piedras grabadas y esculpidas), después que han experimentado la primera, sirven á la segunda lo mejor que pueden, aunque no siempre gratuitamente (lo cual sería pedir demasiado á un ára-



FORMOSA (China). — Mujer pagana y mujer cristiana de Ban-kim-cheng. (Pág. 393).



be aún agradecido), pero al menos con cierta buena voluntad que asegura al Padre la preferencia sobre sus rivales. Lo mismo pasa con las copias de inscripciones ó de objetos curiosos que se encuentran ocultos en el interior de las casas ó de las mezquitas.

«De este modo el museo de San Luis se ha enriquecido rápidamente con piezas, algunas de ellas muy preciosas. De ello ha podido juzgar la Academia por la inscripción ya famosa de Suk-el-Kmis y las ciento trece inscripciones del cementerio de los esclavos de la casa imperial, que recientemente hemos enviado á la Biblioteca nacional.»

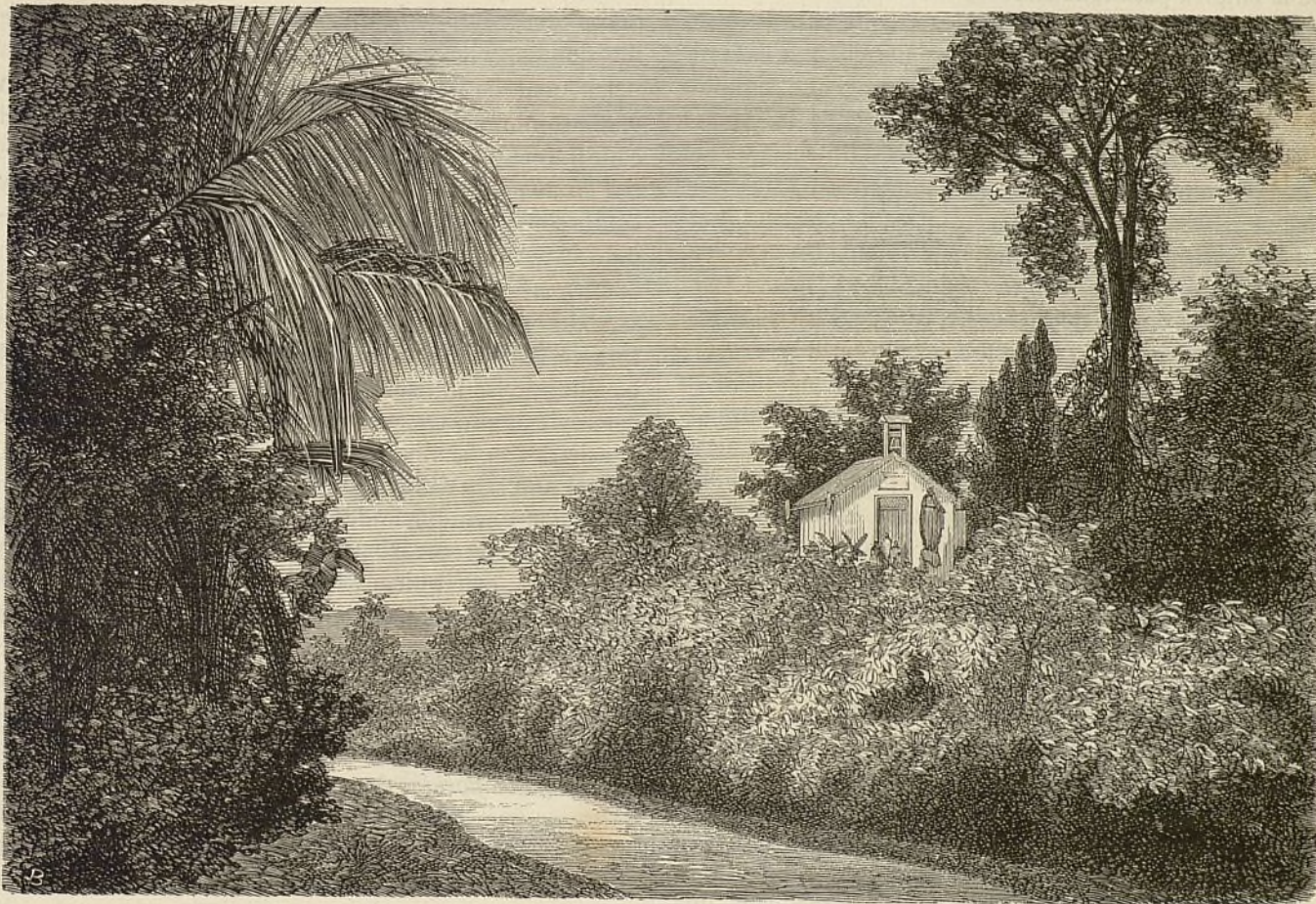
**Trinidad** (*Antillas inglesas*).—En el pueblo hindo de Saint-James, no lejos de la leprosería de Cocorita, las religiosas Dominicas tienen una escuela cuya descripción encontramos en una carta del P. Estéban Brosse:

«La escuela de Saint-James, erigida sobre un cerro, viste colores gris-perla y azul celeste; corónanla una campana y una cruz; y delante de ella, sobre un pedestal, una grande estatua de bronce de la Virgen María extiende sus manos abiertas al pueblo hindo. Desde aquella altura se goza de una vista muy hermosa: al Norte las altas

montañas que colindan con el mar; al Oriente y al Occidente los floridos campos de estas regiones tropicales atravesados por una carretera desde la cual los buenos negros hacen la señal de la cruz é inclinan la cabeza al percibir la Imágen de Nuestra Señora: al Sur el vasto oceano desde el cual los pescadores envían también sus saluciones á María.

«El terreno, don de un propietario de Puerto-España, estaba primeramente cubierto de malezas, y fué rápidamente descuajado y cultivado. Hoy verdean en él 1,500 árboles de café, y para proporcionarles la sombra que apetecen se plantaron 300 cacaos; y estos, á su vez amigos de la sombra que dan, fueron entremezclados con anacardos que pronto tocarán las nubes con su recto y esbelto tronco. Añádase á esto diversos batallones de cincuenta ananas, de cincuenta plátanos, y de todos esos árboles que dan sin gasto alguno el zapote, el coco, la manga, la guyaba, ambrosía del paraíso hindo, y otros mil deliciosos frutos, sin olvidar el bambú, muy propio para construir cercados.

«En cuanto á la escuela coolí, nada más pintoresco. La jóven falange, de alegre y expresivo rostro, de ojos vivos, de largos cabellos de ébano, de piernas siempre movedizas y cubiertas de cintajos de vivos



TRINIDAD.—Escuela de Saint-James, cerca la leprosería de Cocorita.

colores, con collares de monedas, brazaletes y anillos en los dedos de manos y piés, en las orejas y en las narices, deletrea, escribe en la pizarra, recita, canta, ruega, brinca, riñe y come chucherías. Todos los domingos por la tarde reúnen para jugar y tomar parte en modestos agapes. La partida se abre y se cierra en presencia de la grande y hermosa Imágen de María con el Rosario y diversos cánticos.»

La escuela de Saint-James ha dado ya copiosos y excelentes resultados, y no pasa año sin que en la época de las principales fiestas algunos de los alumnos reciban el Bautismo con el consentimiento de sus padres. Estos mismos, por medio de sus hijos, se ven impelidos á mantener relaciones frecuentes con los misioneros y las Religiosas; lo cual da ocasion á que muchos de ellos concluyan por manifestar deseos de que se les instruya en las verdades del Catolicismo, y por último entran en el número de los catecúmenos y forman parte del grupo de católicos reunidos en torno de las religiosas Dominicas de Cocorita. (Véase la relacion de la página 318).

## NUEVA NURSIA.

### TERCERA PARTE.

#### HISTORIA NATURAL.

#### CAPÍTULO II. — BOTÁNICA.

El reino vegetal se ha considerablemente enriquecido con la flora austrálica, cuyas raras formas están dotadas de la más elegante variedad.

Entre las flores de ese nuevo continente distingue desde luego la *marsupia mirabilis*, cuyos brillantes matices verdes, rojos y amarillos producen maravilloso efecto. Pertenece á la familia de las epaticeas, de la que la Australia occidental posee hasta 25 especies. La marsupia debe su nombre á la curiosa semejanza de su forma



con la de los marsupiales. La *metrosideros* produce una flor todavía más bella y sin rival en toda la Australia. El *calostemma candidum* despide un olor tan suave que perfuma los bosques en que se encuentra.

Las epicradas, las protiaceas y las restiaceas, flores todas que no se encuentran sino en el hemisferio austral, son hermafroditas.

No nos extenderemos á hablar de gran número de vegetales austrálicos, en otro tiempo desconocidos, y que se cultivan ahora cuidadosamente en los jardines de Europa, sobre todo en Inglaterra, por su belleza ó por sus propiedades.

Entre los árboles más útiles de Australia debe colocarse el cedro (*cedrela australis*), que abunda especialmente en la parte oriental. Su madera es de un tinte rojizo y bastante ligera, pero de extraordinaria duración. Se la emplea para toda clase de muebles.

Pero el árbol más célebre del continente austral es sin contradicción el *eucalyptus* (1), que pertenece á la familia de los mirtáceos. Su nombre griego, que significa «muy cofiado», se le ha impuesto á causa de la especie de cofia que recubre su flor antes de abrirse. Cuando ese opérculo acaba de caer, los numerosos estambres que se lanzan fuera del cáliz, en forma de penacho, producen bellissimo efecto. Conócense ya unas 30 especies, siendo las principales las tres siguientes:

El *mogano* ó *eucalyptus robusta*, que vegeta en los terrenos arenosos, el más majestuoso de los árboles de Australia. Su tronco elevase á veces hasta 150 piés, con 30 de circunferencia. «Varias veces, dice el Ilmo. Salvado, he dormido, tendido á mis anchas, en el hueco de alguno de esos árboles, que estaban en plena vegetación.» Su fruto, que se asemeja á una pipa de fumar, es el ordinario alimento de los *hangurus* y de los otros marsupiales, y su madera resiste á la voracidad de las hormigas blancas. Su color es de un rojo oscuro, con grandes venas, y se hiende fácilmente, aunque sea muy pesado. Empléasele en toda clase de obras de carpintería. Los ingleses le apellidan el anacardo de Australia.

Viene en seguida el *eucalyptus resinifera*, que los colonos llaman *red-gum-tree* (árbol de goma roja). Esa especie de resina que destila presta grandes servicios en medicina. «Administrábala por la mañana, dice el referido Prelado, disuelta en una infusión de té, ó bien, antes de tomar ésta, en dos píldoras del tamaño de una

(1) Al presente son ya conocidos en Europa los grandes servicios que el *eucalyptus* puede prestar á la agricultura. En un terreno húmedo y pantanoso sus raíces bomban el agua como otros tantos tubos de una draga, y en pocos años una región nuevamente poblada con esa preciosa esencia ve desaparecer la fiebre y todos los males consiguientes á la *malaria*. Esto lo han comprendido muy bien los Trapenses, esos ingeniosos é infatigables trabajadores. En la llanura de Staueli (Argelia), el Rmo. Dom. Francisco Regis de Martrim, primer abad de aquel monasterio, plantó el *eucalyptus* por centenas y por millares, y el terreno de esa vasta explotación monástica quedó prontamente saneado. El mismo resultado está realizándose en el monasterio de San Pablo de las Tres-Fuentes, cerca de Roma, en donde el Rmo. Dom. María Gabriel Mombet, abad de Aiguebelle, ha restablecido la vida cisterciense como en tiempo de san Bernardo y del papa Eugenio III. Preténdese también que una decocción de las hojas de este árbol tan útil, ó de su corteza, es un buen preservativo contra la fiebre, y los médicos de Europa empiezan á emplearla, en forma de píldoras, en lugar de quinina. Creemos, sin embargo, que el *eucalyptus* no produce todo su efecto como febrífugo sino en el país de su origen.

avellana, y á la tarde los enfermos quedaban libres de sus sufrimientos. No obstante, el abuso de esta goma produciría al cabo de algun tiempo la parálisis.»

El *eucalyptus* llamado *duotta* por los indígenas tiene la madera blanca, y á pesar de su extraordinaria dureza es el árbol que la hormiga blanca ataca con preferencia. En las cavidades de su tronco el agua pluvial se conserva fresca y límpida como en un receptáculo natural. Los indígenas, apremiados por la sed, practican un agujero en los nudos del árbol, y una vez satisfechos cierran la abertura á fin de aprovechar en otra ocasión el agua que resta. El Ilmo. Salvado, que repetidas veces ha bebido de ella, la encuentra salutífera, aunque no muy gustosa. Los salvajes se nutren de las raíces de este árbol. Tuestan su corteza, la amasan con agua, y después de mascarla mucho tiempo hasta exprimir todo el jugo fortificante que contiene, lo echan de la boca. En esas raíces encuentran también los grandes gusanos amarillos que tanto apetece.

La Australia posee un árbol cuyas hojas son de un verde sombrío y que tiene la forma de los tejos: es el conocido entre los naturalistas con el nombre de *callitris pyramidalis*. Su madera, de un amarillo vivo, es muy compacta y se pule fácilmente. Cuando se la frota despide suave olor.

Otro árbol no menos precioso que el *eucalyptus* es el sándalo (*santalum latifolium*), que llega apenas á la altura de doce piés, y se le encuentra á menudo en los bosques de las inmediaciones de Nueva-Nursia. La madera de este precioso vegetal es de color amarillento: se la asierra con facilidad, y exhala un olor aún más grato que el *callitris*. Varias veces el ilustre fundador de aquella Mision quemó grandes espigones de sándalo, cuyo olor odorífero recordábale el del incienso. Los hindos y los chinos, con quienes los ingleses de la colonia de Swan-River mantienen activo comercio de madera de sándalo, la emplean en sus obras más delicadas de embutidos. Ni siquiera desperdician el serrín de esta madera, pues la queman á manera de incienso ante sus idolos.

El *nuytsia florida*, denominada por los colonos, no se sabe por qué, árbol-col (*cabbage-tree*), produce bellísimas flores de color naranjado. En la primavera este magnífico árbol está cubierto de mazorcas de flores tan espesas, que semeja un inmenso ramillete que se destaca admirablemente sobre el verdor de los bosques. El tronco del *nuytsia* destila lágrimas de una goma azucarada muy apetecida por los salvajes. Le apellidan *ognon*, y, por analogía, dan al azúcar el mismo nombre.

Las flores del *banksia vivifolia*, denominado por los ingleses *honey-suckle* (jugo de miel), tienen seis pulgadas de largo y otras tantas de circunferencia: producen un licor cuya dulzura recuerda la de la miel, pudiendo contener cada flor una cucharada común. Los naturales las chupan y las ponen en infusión con agua á fin de obtener una bebida tan dulce como el aguamiel. Este árbol pertenece á la familia de los proleniados. Otra especie, el *banksia latifolia*, es aún más bella. «La elegancia de su follage, dice el Sr. de Castilla, es causa de que se le cultive en las sierras de Europa. Su cono terminal, que reemplaza la flor, teniendo la doble propiedad de inflamarse con rapidez y de consumirse muy lentamente,



hace las veces de yesca entre los indígenas. Con frecuencia llevan en sus correrías algunos de esos conos encendidos.»

El *metrosideros speciosa*, cuya flor hemos citado como la más bella de Australia, es un arbolito de la familia de los mirtáceos, de tres á cuatro metros de elevacion, con ramas largas y pendientes, y hojas duras y lanceoladas. Las flores forman en torno de las ramitas como un maniguito relleno del más bello rojo ponzó, que semeja terciopelo. El Jardin de plantas de París posee algunos de estos árboles, que se han aclimatado perfectamente.

La zamia (*encephalartos spiralis*) es una especie de palmera cuyo fruto, del tamaño de una castaña, es un veneno violento si no se le tuesta y prepara de una manera particular. El pellejo de esta fruta es de un rojo vivo. La pulpa, de exquisito gusto, envuelve el hueso, que es muy fuerte. El zamia no se eleva más de cuatro ó cinco piés, y tiene cinco ó seis de circunferencia. Produce gran número de frutos y crece perfectamente en terrenos arenosos.

El *tea-tree* (árbol del té) es llamado tambien *paper-bark-tree* (árbol de corteza de papel), á causa de su corteza sumamente delgada: pertenece á la familia de los melaleucos. La infusion que se hace con sus hojas tiene el sabor del té. «Comiendo pan que habia preparado con mis propias manos en medio de los bosques, dice el Ilmo. Salvado, advertí que tenia un sabor bastante agradable: habia mezclado casualmente algunas hojas de este árbol.»

La *xantorrea*, conocida entre los indígenas con el nombre de *balga* y entre los colonos por el de *gras-tree* (árbol de yerba), es uno de los vegetales más útiles á los australianos. Hemos ya dicho que en él encontraban los grandes gusanos ó larvas que consideran como una verdadera golosina. Esta es la razon porque desarraigan todos los que encuentran, cuando no han podido derribarlos á puntapiés. Encienden las hojas para alumbrarse á manera de antorcha; empléanlas tambien para cubrir sus chozas de un día, en tiempo de lluvias, y finalmente para formar su lecho. La goma resinosa que destila del tronco sirve para fabricar sus martillos y otros utensilios, y hasta sus armas. Esta goma, preparada por los salvajes, es tan tenaz que aventaja á cualquier otro almácigo ó ingrediente análogo conocido en Europa. Por último, sirven de los troncos de este árbol como de combustible.

La *xantorrea* se eleva á veces hasta catorce piés. El tronco no es sino una aglomeracion de hojas frágiles, y se forma de los pedúnculos de esas hojas sucesivamente caducas. Son triangulares, de media pulgada de grueso por tres ó cuatro piés de largo, y una aguda punta en su extremo. El árbol coronase poco á poco de una copa de hojas lanceoladas que dan á su cabeza la apariencia de una gran mazorca de yerbas acuáticas. La mayor parte de las habitaciones de los colonos están recubiertas con las hojas de *xantorrea* en lugar de tejas ó pizarra. El tronco de este árbol singular, como es muy resinoso, arde fácilmente y conserva mucho tiempo el fuego de los salvajes. Produce una llama tan viva, que el ilustre Benedictino ya citado servíase de ella con frecuencia para rezar su breviario, como pudiera hacerlo á la luz de una bujía. El mango de la flor, que tiene á menudo cuatro y

más piés de longitud, es muy buscada por todos los animales, especialmente por el buey. El número de *xantorreas* es incalculable; crecen en todos los terrenos, y llegan á formar bosques tan espesos, que no se puede andar por ellos sino hacha en mano.

El *kingia*, que es muy comun en los alrededores de Perth, tiene su extremidad superior coronada de largas y bellas flores. Es más elevado, pero menos ancho que la *xantorrea*.

La Australia posee asimismo gran número de acacias, contándose en los alrededores de Nueva-Nursia hasta 130 especies. La *acacia leiophila* produce considerable cantidad de goma color de ámbar, tan apreciada como la goma arábica. Los indígenas se nutren de ella, y los colonos de Perth la exportan á Inglaterra. La *acacia acuminata* da tambien una goma que es aún más grata al paladar que la última referida: abunda menos y es de color rojo. La madera de este árbol, que á un aroma bastante agradable añade la dureza del hierro, es de un bello rojo oscuro.

Encuéntanse además en el continente austrálico las *tristanias*, de que se sirven los colonos para la construccion de sus barquichuelos, á ejemplo de los indígenas, porque pueden ahuecarse con suma facilidad; las *trichilias*, cuya madera exhala olor de rosa; la *erytrina* ó árbol de coral, notables por sus flores escarlata, que pueden contarse entre las más bellas de la flora tropical; el *xilomene*, cuya madera durísima es tambien de notable belleza, y una multitud de otros vegetales pertenecientes á las familias de los protáceos, de los mirtáceos, de los diosmeados, etc., que en 1850 algunos botánicos hacian ascender á 4,000 por toda la Australia, y por la parte occidental á 1,803 plantas exóticas, 440 particulares de la comarca, y hasta 50 variedades de yerbas, entre las cuales se hallan el *panicum laevinode* y el *antisterium austral*, ó yerba del *kanguru*.

«Es cosa digna de notarse, añade el Ilmo. Salvado, que todos los árboles de Australia, aunque la mayor parte conservan sus hojas todo el año, nunca se revisten de tan frondoso follaje como los de Europa, y el color verde de sus hojas, que por lo comun son verticales, nunca tiene tanta viveza y frescor como en los bosques del antiguo mundo.»

Otro viajero, que publicó sus impresiones de viaje en 1861, emite por su parte estas juiciosas reflexiones:

«Se ha dicho de Australia que todo está al revés de Europa. Afírmase con seriedad que allí los árboles pierden su corteza y no sus hojas; que las guindas crecen con el hueso en el exterior; que las flores carecen de perfume y las aves de voz. Ninguna de tales aserciones es exacta, y lo mismo puede decirse de muchas otras. Las hojas de los árboles caen, como las del olivo, cuando están reemplazadas; el *eucalyptus* de goma muda su corteza del mismo modo que entre nosotros el plátano: algun chusco dió el nombre de guindas á las bayas de un árbol indígena; quedó el nombre, y algunos que se creen sabios lo creyeron todo sin exámen y lo han repetido. Si hay en Australia algunas flores sin olor, sabido es que se las encuentra asimismo en todos los países; y lo cierto es que en aquel continente, cuando en la primavera se aspira el aire que ha pasado por entre las sensitivas que bordean los rios, se le encuentra tan cargado de



perfumes como en Europa al salir de un bosquecillo de lilas.

«También se ha calumniado á las aves al decir que carecen de voz. Ciertamente no hay allí cantores como el ruiseñor y la curruca, pero cada ave tiene su grito peculiar: en algunas especies es éste muy grato, y existen en tan gran número entre los árboles, se persiguen gorgoreando bulliciosamente, adornados con sus colores rojos, verdes y amarillos, que el primer cuidado de todo recién venido es hacer, para verles mejor, la caza á los alados habitantes del *bush* (1).»

La naturaleza, por los demás, confesémoslo con el antedicho Prelado, mostróse en el continente australico bastante avara de sus dones para con el hombre, toda vez que, á excepcion de algunas semillas ó gomas, apenas se encuentra en él una planta alimenticia. El reino vegetal nada ofrece allí que pueda compararse á lo que se ve en las islas del archipiélago indio y aún de las otras islas de la Oceania. En vez de esos admirables vegetales tan ricos de verdor, tan majestuosos y cargados de productos utilísimos para el hombre, la Australia casi no presenta sino árboles ó plantas desprovistas de todo fruto comestible. A pesar de su proximidad á las islas Molucas y la semejanza de los climas, no sólo los árboles que producen las especias no han atravesado el mar ni se han reproducido en Australia, pero ni siquiera se ve uno solo de los preciosos vegetales comunes en las islas vecinas. Así el árbol de pan, que durante ocho meses del año da frutos, tres de los cuales cada día bastan para sustentar al hombre; el banano, tan abundante en sabrosos frutos, y el cocotero, este árbol alimenticio por excelencia, que se le encuentra en todos los países cálidos, faltan en aquel vastísimo continente. Esto es lo que ha impuesto á los indígenas la dura necesidad de alimentarse de raíces, de reptiles, de gusanos repulsivos y aún de carne humana cuando su caza no es feliz. Digámoslo, pues, sin temor de que nadie pueda contradecirnos, que ninguna raza tenía más apremiante necesidad de la civilización cristiana, que siempre sabe dar, con el sustento del alma, el alimento del cuerpo, que la de los miserables australianos, los hijos más desheredados de la gran familia humana.

(1) *Souvenirs d'un squatter français en Australie.*

## EFEMÉRIDE.

20 SETIEMBRE 1837. — Muere en el Tong-king Juan Carlos Cornay, de la Congregación de las Misiones extranjeras.

El Rdo. Cornay nació en Loudun, diócesis de Poitiers, el 12 de Marzo de 1809. Habiendo entrado en el seminario de Poitiers en 1827 salió de subdiácono en 1830 para pasar al seminario de las Misiones extranjeras de París, partiendo para el Su-tchuen el 17 de Setiembre de 1831, sin ser aún más que diácono. Llegado á Macao en Marzo de 1832, dirigióse en seguida al Tong-king, donde penetró el 12 de Julio del mismo año. Esperaba poder trasladarse más fácilmente por esta vía á la Mision del Su-tchuen; mas conociendo que se había engañado y cansado de esperar, pasó á donde estaba el Ilmo. Havard, vicario apostólico del Tong-king, de quien recibió la unción sacerdotal, el 20 de Abril de 1834.

Dos años despues, una carta del Vicario apostólico del Su-tchuen ponía en conocimiento del Rdo. Cornay, que siendo imposible su en-

trada por el Tong-king, quedaba á su arbitrio la eleccion de permanecer en esta Mision ó trasladarse á Macao para pasar desde allí al Su-tchuen atravesando el Imperio chino. El rey acababa de dar un edicto contra la religion cristiana, y sobre todo contra los europeos que la predicaban. Esta consideracion y el estado enfermizo en que se hallaba hicieron que el reverendo Cornay no pudiese decidirse á dejar tan pronto el Tong-king.

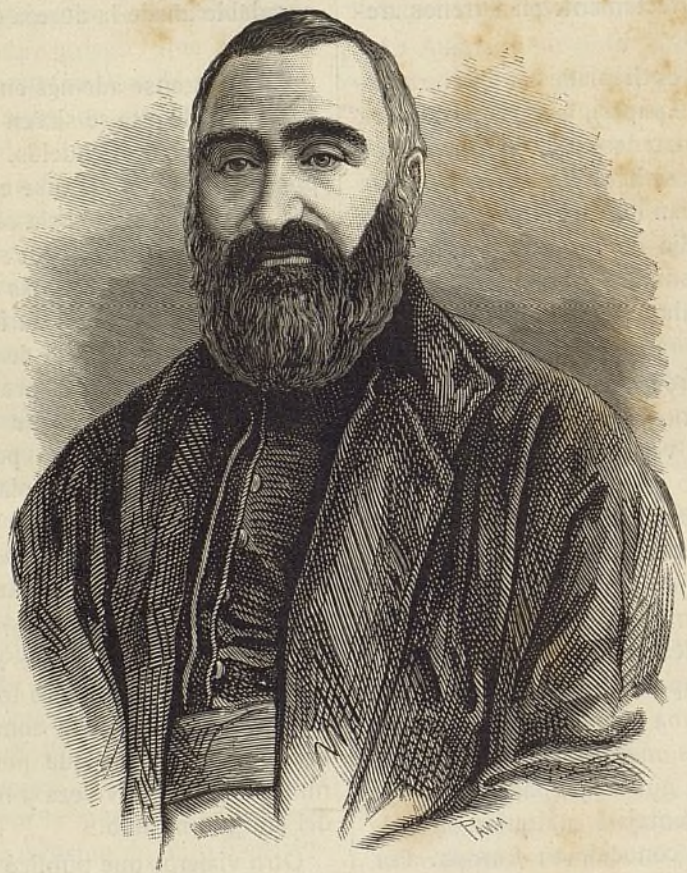
El 20 de Junio de 1837, el lugar de Bu-no, donde estaba oculto, fué invadido por los satélites, y descubrióse al jóven misionero, prendiéndole el mismo dia. Conducido á la capital de la provincia del Oeste, fué encadenado y encerrado en una jaula.

Cinco ó seis dias despues, los mandarines dieron cuenta al rey, cuya contestacion llegó del 10 al 15 de Julio, reduciéndose á decir que remitía aquel asunto á la decision de los mandarines de la provincia, y desde el 20 de Julio principiaron para el Rdo. Cornay los interrogatorios.

«El 6 de Setiembre fué llevado el Rdo. Cornay á la sala de audiencia, donde el gobernador general le habló de su próxima libertad. Habiéndolo

sabido el Rdo. Marette, y perfectamente enterado, por otra parte, de que nada se podía esperar, escribió al confesor para desvanecer su ilusion en el caso de que se hubiese dejado engañar; pero el Rdo. Cornay le contestó por medio de una carta que principiaba con estas palabras: *Latus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*, y en la cual daba las gracias á su cofrade por haberle advertido caritativamente de su próxima muerte, añadiendo en conclusion:

«Recibid vos y todos mis cofrades, así como nuestro digno Obispo, «mi último á Dios: si alguna vez, á pesar mio, he podido contristarle, fuera en lo que fuese, le pido perdon, en la seguridad de que no «lo hice con malicia. Mucho desearia que pudieseis proporcionarme la «absolucion; pero si esto es imposible, ¡oh, Dios mio! digo con frecuencia, contricion por confesion, mi sangre servirá de Extremaunción. No siento en mi conciencia el peso de ningun pecado grave; «pero no por esto me creo justificado. María me obtendrá la contri- «cion, y el sable me hará la unción.»



RMO. ESTÉBAN AZARIAN, nuevo patriarca armenio-católico. (Pág. 403).